

**Víctimas:
todas iguales,
todas diferentes**

**Galo Bilbao, Cristina de la Cruz
y Pedro M. Sasia**

Escuela de Paz | 22

Dirección: José Ángel Cuerda, Xabier Etxeberria y Josu Ugarte

Coordinación editorial: Blanca Pérez

La **Escuela de paz** es un lugar de encuentro y de diálogo, un instituto de formación e investigación, un centro de información y documentación, un equipo de consejo, mediación e intervención en el medio escolar, y un instrumento de análisis crítico y de denuncia pública, que nace con el objetivo de educar en una cultura de paz fundada en la promoción de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, del desarrollo sostenible, de una ciudadanía democrática y cosmopolita, y de una ética cívica basada en la tolerancia y la solidaridad intercultural.

Bakeaz es una organización no gubernamental fundada en 1992 y dedicada a la investigación. Creada por personas vinculadas a la universidad y al ámbito del pacifismo, los derechos humanos y el medio ambiente, intenta proporcionar criterios para la reflexión y la acción cívica sobre cuestiones relativas a la militarización de las relaciones internacionales, las políticas de seguridad, la producción y el comercio de armas, la relación teórica entre economía y ecología, las políticas hidrológicas y de gestión del agua, los procesos de Agenda 21 Local, las políticas de cooperación o la educación para la paz y los derechos humanos. Para el desarrollo de su actividad cuenta con una biblioteca especializada; realiza estudios e investigaciones con el concurso de una amplia red de expertos; publica en diversas colecciones de libros y boletines teóricos sus propias investigaciones o las de organizaciones internacionales como el Worldwatch Institute, ICLEI o UNESCO; organiza cursos, seminarios y ciclos de conferencias; asesora a organizaciones, instituciones y medios de comunicación; publica artículos en prensa y revistas teóricas; y participa en seminarios y congresos.

Esta publicación está impresa en papel reciclado.

Las opiniones expresadas en este ensayo no coinciden necesariamente con las de Bakeaz.

La edición de esta publicación ha sido posible gracias a la financiación de la **Dirección de Atención a las Víctimas del Terrorismo** del Departamento de Interior del Gobierno Vasco.

© Galo Bilbao, Cristina de la Cruz y Pedro M. Sasia, 2010

© Bakeaz, 2010

Plaza Arriquibar, 3-1.º dcha. • 48008 Bilbao

Tel.: 94 4790070 • Fax: 94 4790071

Correo electrónico: escueladepaz@bakeaz.org

<http://www.escueladepaz.org>

ISSN: 1698-2258

Depósito legal: BI-3180-2010

Índice

PRESENTACIÓN	4
● Sobre los autores	6
PROGRAMA TELEVISIVO 'VIDAS PARALELAS'	8
● Testimonios: la voz de las víctimas	8
● La vida continúa: reportajes complementarios	13
● Palabras para pensar	19
● ¿La última palabra? Mirando al futuro	28
ALGUNAS ORIENTACIONES PEDAGÓGICAS PARA EL PROFESORADO	31
● Intenciones pedagógicas	31
● El atlas de la injusticia y la cartografía de las víctimas: guión para planificar actividades	32

PRESENTACIÓN

Una reflexión intuitiva sobre la educación para la paz nos lleva necesaria y naturalmente a reconocer que esta ha de estar configurada, de manera determinante, por la presencia de las víctimas. Sin embargo —como de manera tan acertada como sugerente ha estudiado Xabier Etxeberria—¹ esto no se realiza así en nuestro contexto e, incluso, es motivo de cuestionamiento y hasta de oposición frontal. Por nuestra parte, siendo conscientes de las dificultades que comporta, asumimos con convicción que las víctimas de las injusticias humanas han de tener una presencia directa —referencial, fundamental— y activa —con capacidad de iniciativa— en la educación para la paz, hasta llegar a ser el eje vertebrador alrededor del cual se construye todo el andamiaje teórico y práctico que esta disciplina supone.

Una crítica habitual a este planteamiento, procedente del ámbito educativo formal, consiste en considerar que, en nuestro contexto, el concepto *víctima* es aplicado exclusivamente a las víctimas del terrorismo y, más específicamente, a las provocadas por ETA, por lo que, desde unos posicionamientos, se rechaza la presencia de las víctimas por parcial e inadecuada y, desde otros, no se acepta o reconoce como víctimas ni a las causadas por grupos terroristas distintos de ETA (GAL, GAE, AAA, etc.) ni a las provocadas por otras injusticias. El texto que presentamos pretende responder clara y prácticamente a estas objeciones según un doble criterio: son todas las víctimas de la injusticia (y no solo las del terrorismo, ni las de ETA en exclusividad, pero también ellas) las que vertebran la educación para la paz, pero es importante y necesario contemplarlas en su especificidad y características peculiares. A partir de ahí, lo que tienes en tus manos es un material, concreto y esperemos que útil, precisamente para abordar en el aula, con alumnado de últimos cursos de ESO o incluso de Bachillerato, la realidad de las víctimas de injusticias diversas.

Somos conscientes de que un planteamiento de este tipo, por su gran complejidad, tiene dificultades y riesgos, entre los que apuntamos ya desde ahora unos cuantos:

- El subrayado de los aspectos comunes frente a los diferenciadores, o viceversa, desdibujando el núcleo de nuestra pretensión, que es articular, precisamente sin oposición, el reconocimiento de la condición de víctima con la explicitación del diferente modo de encarnarla y, consecuentemente, de responder a la misma.
- La tendencia a destacar el carácter de víctima de los «nuestros», obviando u olvidando el de los «otros», cuando en realidad el material está pensado para lo contrario: no para reafirmar-

1. Xabier Etxeberria, *La educación para la paz vertebrada por las víctimas*, Bilbao, Bakeaz, 2009 (Escuela de Paz, 21).

nos en nuestras posiciones, sino para cuestionarlas críticamente y completarlas desde la aceptación de quien hasta ahora era desconocido o incluso despreciado.

- El deslizamiento hacia la comprensión e incluso justificación de la violencia ejercida, a partir del análisis de sus causas o motivaciones, cuando en realidad consideramos que entender dichas causas no puede llevar sino a la deslegitimación radical de la violencia injusta.
- La parcelación de los aspectos emocionales y sentimentales, por un lado, o de los analíticos y racionales, por otro, cuando postulamos una mutua y fructífera interrelación entre ambos y no su incompatibilidad o contradicción.
- La aparición de cuestiones complejas que demandarían una seria profundización (por ejemplo, el concepto de justicia o de reparación, la ambigua figura de la víctima que a su vez es también, antecedente o consecuentemente, victimario...) y que solamente son aquí apuntadas, con evidente riesgo de simplificación.
- La inevitable falta de reconocimiento explícito que se hace al describir unas violencias concretas y no otras o no todas (algo, por otro lado, imposible), aunque se hayan recogido bastantes (hasta seis).
- La engañosa lectura de las presentaciones por parejas (alrededor de las categorías de violencia de intencionalidad política —víctima del terrorismo y de torturas—, de violencia estructural —inmigrante y parado— o de violencia de proximidad —de género y acoso escolar—) que pretenda improcedentes discursos de equiparación, equilibrio o mutua justificación entre los dos casos.
- El acercamiento compasivo inadecuado, por paternalista, a las víctimas, que se manifiesta de diversos modos (darles de antemano la razón en todo, no tener en cuenta lo que dicen al considerarlas traumatizadas e incapaces de ver la realidad tal como es, creerlas manipuladas contra su voluntad...).
- La inevitable tensión, que puede llevar a olvidar alguno de los polos, entre las situaciones individuales, personales de cada una de las víctimas y el grupo con el que razonablemente se le puede identificar y con el que comparte múltiples características.

A un lector avisado se le ocurrirán, con seguridad, muchos más riesgos y dificultades. A pesar de todo ello, nuestra opción es poner en marcha la iniciativa, con el máximo cuidado y atención, pues muchos de estos riesgos son evitables y los beneficios educativos que se pueden alcanzar son mucho mayores que las dificultades que puedan surgir.

La perspectiva utilizada en la formulación del documento pretende ser adecuada para el contexto educativo en el que quiere ser desarrollada. Bajo el artificio de un programa televisivo, se presentan seis testimonios de víctimas de diferentes injusticias (terrorismo, torturas, inmigración ilegal, desempleo, violencia doméstica y acoso escolar). Aunque son totalmente ficticios, meras construcciones literarias, su verosimilitud los puede hacer paradigmáticos de las situaciones reales que encarnan esas violencias. Se ha procurado que los mensajes emitidos por los protagonistas, sin ocultar la dureza, complejidad y dificultad que los acompañan, manifiesten, si no optimismo, sí al menos una vivencia serena, constructiva y esperanzada de cara al futuro. También se pretende que se haga, sobre todo, un acercamiento fundamentalmente analítico, descriptivo de las múltiples circunstancias concurrentes en los casos tratados, sometiéndolas a una consideración reflexiva, dejando espacio para la valoración personal del público lector. La diversidad de los testimonios quiere expresar y posibilitar a la vez la intuición básica que recorre todo el texto: es necesario hacer plena y adecuadamente compatible el reconocimiento de la condición de víctimas de todas las personas afectadas por actuaciones injustas provocadas por los seres humanos, al tiempo que se destacan las diferencias que concurren en ellas. Una vez más, aquí también vale el acertado lema de «iguales en la diferencia».

Este objetivo propio y específico del material está acompañado en nuestra intención por otros más genéricos, que consideramos indispensables en todo abordaje en el aula de la realidad de las víctimas: tomar conciencia de la existencia de víctimas de diferentes injusticias; a partir de ello, provocar que el alumnado tenga sentimientos adecuados: por un lado, de indignación hacia el mal cometido, por otro, de compasión hacia quienes lo han padecido y, finalmente, de respeto, en primer lugar a la dignidad de la víctima, para que la compasión hacia ella no adquiera la forma de paternalismo, y, en segundo lugar, a la dignidad de la persona victimaria, para que la indignación no adquiera la forma de violencia victimadora; a continuación, reflexionar, personal y grupalmente, sobre las posibilidades de actuación solidaria hacia las víctimas y de prevención de la injusticia que las genera y, evidentemente, realizar efectivamente alguna de las intervenciones o actuaciones definidas.

El esquema del programa televisivo es suficientemente claro y sencillo: partiendo del relato de la *victimación* (el hecho directo de violencia, de injusticia, padecido, que convierte en víctima) que es narrado en primera persona por cada una de las personas protagonistas, se pasa a continuación a desarrollar la *victimización* (el proceso por el que, a partir de la victimación, se constituye la identidad de la víctima como tal), que es presentado a manera de reportaje sobre el sujeto, concediéndole a veces voz directa. Posteriormente aparecen los diferentes peritos que apuntan, sin agotar, diversos elementos significativos sometidos a análisis (las diferencias entre las víctimas, los responsables de su situación, el papel social y político que tienen o las medidas de reparación que se les conceden). El cierre del programa es un intento de dar nuevamente la palabra a las víctimas para que emitan su mensaje conclusivo sugerente, provocador hacia la persona lectora-pectadora.

El material presentado, completo y coherente en sí mismo, no demanda necesariamente, sin embargo, su uso continuado de la primera a la última página. Es, en realidad, una guía de recursos para el profesorado. Estamos convencidos de que tiene gran versatilidad, pudiendo ser utilizado completa o parcialmente, de manera continua o intermitente, intentando lograr todos sus objetivos o solamente alguno, desarrollando las actividades que propone, o las que sugiere... o las que se le ocurran al propio sujeto educador. En cualquier caso, consideramos que es un material que demanda la participación activa del profesorado para hacer, a partir de él, el programa concreto de actuación educativa que se aadecue a las particulares condiciones del alumnado y sus circunstancias. Lo verdaderamente importante no es este texto, sino el que surge de la elaboración personal del profesorado que quiere hacerlo realidad en su aula. Por nuestra parte, no podemos menos que animarle a que aborde la cuestión de la educación para la ciudadanía y la paz de manera creativa y mostrarle nuestra disponibilidad a recibir las aportaciones críticas y correcciones que surjan en su puesta en práctica.

● Sobre los autores

Galo Bilbao Alberdi es licenciado en Filosofía y doctor en Teología, profesor de Ética en la Universidad de Deusto y miembro colaborador del Instituto Diocesano de Teología y Pastoral de Bilbao. En torno a la violencia terrorista cabe citar sus últimas publicaciones: *Por una reconciliación asimétrica. De la «geometría» del terror a la de su superación* (Bilbao, Bakeaz, 2008), *Jano en medio del terror. La inquietante figura del victimario-víctima* (Bilbao, Bakeaz, 2009), *Sacrificadas a los ídolos. Las víctimas del terrorismo en el discurso de los Obispos vasconavarros (1968-2006)* (Bilbao, IDTP-DDB, 2009), *Joseph Roth: el exilio destructivo* (Bilbao, IDTP-DDB, 2010) y «Terror y reconciliación políticos: la pugna por la redención», *Anthropos*, 228 (2010).

Cristina de la Cruz Ayuso es doctora en Filosofía y actualmente profesora de Ética en la Universidad de Deusto. Miembro del Centro de Ética Aplicada, coordina el equipo de investigación en ética aplicada a la realidad social. Es directora del programa de Doctorado en Estudios Internacionales e Interculturales de la Universidad de Deusto, y ha sido profesora visitante en diversas universidades de Europa y América Latina. Asesora a distintas iniciativas sociales en cuestiones relacionadas con la ética organizacional.

Pedro M. Sasia Santos es profesor de Ética y Deontología e investigador del Centro de Ética Aplicada de la Universidad de Deusto. Ha publicado numerosos trabajos sobre ética social y económica, entre los que destacan *La empresa a contracorriente: cuestiones de ética empresarial* (Bilbao, Mensajero, 2004), *Banca ética y ciudadanía* (Madrid, Trotta, 2008) y *Responsabilidad social universitaria. Manual de primeros pasos* (México, McGraw-Hill Interamericana/Banco Interamericano de Desarrollo, 2009), estos dos últimos en colaboración con Cristina de la Cruz. En la actualidad, compagina su labor docente e investigadora con la dirección del proyecto Fiare de banca ética.

PROGRAMA TELEVISIVO 'VIDAS PARALELAS'

Presentador: Buenas tardes, señoras y señores. Una semana más, tengo el gusto de saludarles y el honor de captar su atención. En nombre de todo el equipo que hace posible este programa de *Vidas paralelas* y en el mío propio, Imanol Goikoetxea, les doy la bienvenida.

Hoy queremos hacer un programa muy especial. Quienes nos siguen a lo largo de estas tres temporadas saben que siempre intentamos hacer emisiones interesantes, que nos acerquen personas, profesiones, actividades o situaciones vitales que nos lleven a conocerlas mejor a través de su presentación conjunta, promoviendo un ejercicio de análisis y comparación, del cual cada quien sacará sus conclusiones. Hoy queremos hacer lo propio con la realidad de las víctimas de distintas situaciones de injusticia provocadas en nuestra sociedad. Somos conscientes de lo delicado de nuestra elección y de lo complejo del tema, por lo que hemos decidido traer a nuestro plató a seis personas, que ejemplifican un amplio espectro de víctimas, con similitudes y también diferencias notables.

Hoy renunciamos a presentar a nuestros invitados. Lo van a hacer ellos mismos y de ese modo tendrán la oportunidad de contar en primera persona su testimonio.

Comenzamos ya, agradeciendo de antemano a todas el esfuerzo de estar entre nosotros, con la víctima del terrorismo y la de torturas.

● Testimonios: la voz de las víctimas

María Luisa Beitia: Mi nombre es María Luisa Beitia y me gustaría empezar diciendo que tengo dificultades en identificarme como víctima del terrorismo, pues la verdadera víctima lo fue mi marido. Soy viuda de José Luis Kanpazar, asesinado por ETA el 2 de febrero de 1982 en su pueblo natal, Elorrio, de donde era concejal de UCD, un partido de ámbito estatal. Cuando murió tenía 35 años, estaba en la plenitud de su vida, con una familia y amigos que lo querían, un buen trabajo de gerente en una industria del metal local, unas ganas e ilusión enormes por su compromiso con el pueblo a través de su dedicación municipal y disfrutando todo lo que podía de su gran afición, el ciclismo. Pero todo eso se rompió de repente y definitivamente aquel frío día de invierno; todavía, a pesar de haber pasado más de veinte años, me emociono al recordarlo...

José Luis salió de casa esa mañana, como todos los días, a las ocho y cuarto, tras haber desayunado los dos juntos, comentando las noticias de la radio y las tareas familiares pendientes. Nos besamos y despedimos con un «gero arte!» en la puerta, sin sospechar que sería la última vez, que no volvería ya más.

Montó en el coche aparcado delante de casa, algo que hacía solamente los días que tenía que realizar gestiones profesionales, pues por lo demás le gustaba ir paseando a su oficina del taller. Tras un par de horas en la empresa, a media mañana, cuando montó nuevamente en el coche para ir a Durango a una gestión financiera, estalló una bomba lapa que estaba puesta bajo su asiento. Me queda el consuelo de que murió en el acto, sin sufrir, y también de que nadie más fuese afectado, pues la onda expansiva y la metralla podrían haber alcanzado a otras personas.

El estallido lo oí yo misma desde casa, pero pensé que sería, como ocurría con frecuencia, de la cantera que hay a las afueras del pueblo. Me extrañó el ruido de sirenas que siguió al de la explosión y me asusté definitivamente cuando diez minutos después vino a casa uno de los socios del taller, que me comunicó la muerte de José Luis. A partir de ese momento, yo no me acuerdo

de casi nada, estuve como en una nube, como viviendo un sueño, una película, algo irreal...; lo que puedo contar de los días posteriores procede más de lo que luego me han dicho que de la conciencia que yo tengo de ello.

Comenzó un gran barullo a mi alrededor: periodistas y cámaras a la puerta de casa, visitas de dirigentes del partido, preguntas de los investigadores policiales. Guardo muy vivo recuerdo de la cercanía de la familia y amigos de José Luis y también, desgraciadamente, del dolor que me produjo una llamada anónima alegrándose porque mi marido «tenía lo que se merecía». ¿Cómo es posible que haya gente así?

Presentador: Verdaderamente, una pregunta sin respuesta razonable. Muchas gracias, María Luisa, por tu testimonio, que podría ser el de casi un millar de personas entre nosotros. Pasemos ahora al de nuestro segundo invitado.

Joseba Urkiola: Mi nombre es Joseba Urkiola, tengo 55 años y soy baserritarra, dueño de una explotación ganadera del valle de Aramaio. Me encuentro en este programa por el triste privilegio de haber sido víctima de torturas hace ya treinta y cinco años.

No me resulta ni cómodo ni grato contar esto, pero lo he hecho en otras ocasiones y también voy a hacerlo ahora. Por una parte, me supone un bien para mí mismo, aunque me cuesta, y, por otra, lo vivo como un deber de dar a conocer algo que no puede permitirse que suceda.

La noche del 1 de marzo de 1975 estaba durmiendo en el piso que ocupaba en Otxandio, adosado a la escuela pública en la que ejercía temporalmente de conserje y encargado de mantenimiento. Era mi primer trabajo, había abandonado el caserío e iniciaba una vida nueva, todo estaba por estrenar. A las dos de la madrugada llamaron a la puerta, me desperté y reconocí a través de la mirilla a un amigo desaparecido del pueblo unos meses atrás, acompañado de otro joven al que no había visto nunca. Entraron en la vivienda y solicitaron pasar la noche allí, asegurándose que abandonarían la casa al amanecer, tras descansar y reponer fuerzas comiendo algo. Su aspecto no era bueno, estaban desaseados y agotados. Yo suponía que el amigo desaparecido estaba implicado en alguna organización clandestina contra el régimen franquista, pero no lo vinculaba con acciones violentas, pues siempre había sido un chaval amable, alegre y dispuesto a ayudar a quien lo necesitara. Ahora él demandaba mi ayuda, ¿cómo negársela? Les di algunas indicaciones sobre dónde estaban las cosas en la cocina y la sala en la que podían dormir, y me dijeron que me acostara y que no dijera nada a nadie sobre lo acontecido.

Al despertar la mañana siguiente, comenzó mi pesadilla. Mientras recogía los escasos rastros dejados por mis visitantes nocturnos, escuché en la radio la noticia de que la noche anterior, en el alto de Barazar, se había producido un atentado contra un todoterreno de la Guardia Civil, como resultado del cual murieron ametrallados de fuego cruzado sus cuatro ocupantes. Estuve todo el día inquieto, sin saber qué hacer. Por la noche, mientras intentaba conciliar el sueño, irrumpieron en mi casa unos guardiaciviles que, sin mediar palabra, me esposaron y amordazaron y taparon mis ojos con cinta adhesiva, me introdujeron entre golpes y empujones a un vehículo y me trasladaron a una instalación policial que no pude identificar. Aunque en el coche no pararon de amenazarme e intimidarme, lo peor estaba por llegar y lo comprobé pronto.

No quiero recrearme en los detalles, pues resultaría morboso. Solo voy a decir que durante tres días enteros no pude dormir dos horas seguidas y apenas comí. Me hice mis necesidades encima, sin poder acudir a un servicio ni lavarme. Me sometieron repetidas veces a torturas, poniéndome una bolsa de plástico en la cabeza hasta casi asfixiarme, amenazándome con pistolas descargadas cuyo percutor sonaba junto a mi sien, golpeándome sistemáticamente en los costados, en la cabeza, en los genitales, hasta que perdía el conocimiento. No veía a nadie, solo oía voces que unas

veces me pedían información sobre mi amigo, sin que yo pudiera decirles demasiado, y otras me decían que me iba a arrepentir toda la vida de lo que había hecho a sus compañeros.

La verdad es que en aquellos momentos me derrumbé totalmente. Deseé con todas mis fuerzas morirme. Sentí que algo se rompía dentro de mí (¿sería eso la dignidad?) y que todo iba a ser diferente desde aquel momento.

Presentador: Más adelante veremos cómo estas injusticias cambiaron la vida de nuestros invitados. Gracias también a ti, Joseba, por tu valiente narración. Pasemos sin más dilación a nuestros siguientes invitados, dos víctimas de un sistema económico que seguramente aísla mucho sus éxitos y oculta los sacrificios humanos que exige y los daños colaterales que produce. No quiero dejar de leer, antes de que intervenga nuestra siguiente invitada, este breve texto:

Vomitaban unos sobre otros y pronto se llenaron de piojos. El ácido de los vómitos y el salitre del mar convirtieron sus ropas en harapos. Un velero destrozado ha llegado a la costa con 106 inmigrantes irregulares a bordo. Los sin papeles detenidos, entre los que había diez mujeres y una niña de cuatro años, se hallaban en condiciones lamentables: famélicos, sucios y con las ropas hechas jirones. La bodega del barco, que solo mide 19 metros de eslora, parecía un vomitorio y despedía un hedor insoportable.

Esta podría ser una historia de hoy. Pero la noticia se produjo el 25 de mayo de 1949, los emigrantes eran españoles y el puerto al que habían arribado, venezolano. El suceso fue publicado en la primera página del diario *Agencia Comercial*. Aquella portada se ha convertido en mil carteles editados por el Gobierno de Canarias con la leyenda «Nosotros también fuimos extranjeros». Convendría no olvidarlo al escuchar lo que sigue.

Mungere: Mi nombre es Mungere. Nací en Kinshasa, la capital de la República Democrática del Congo. La vida allí es muy dura, con mucha violencia y mucha pobreza. Con 15 años me casé, estando ya embarazada. Nuestro hijo murió al año de nacer por la malaria. A mi marido Kiadi lo mató una mina antipersona poco después, estando yo embarazada de nuestro segundo hijo.

No entiendo mucho de estas cosas, pero ahora, en las asociaciones que he ido encontrando al buscar ayuda, me explican que mi país es muy rico, que detrás de la guerra están los intereses económicos de grandes empresas multinacionales que quieren controlar la propiedad de un mineral que se llama coltán y que debe de ser muy importante para fabricar teléfonos móviles y cosas de esas. También he sabido que hay otros países de África en los que pasan cosas similares con los diamantes, por ejemplo.

Me dicen que, en los últimos quince años, han muerto más de cinco millones de personas por la guerra y que, con la riqueza que hay en mi país, es una injusticia tremenda que tengamos que vivir la mayor parte de la población con menos de un euro al día. Eso ya lo sabía. Y me he enterado de que la enfermedad que mató a mi hijo se puede curar con medicamentos y alimentos adecuados. Que en Europa nadie muere de malaria. Estuve un día entero llorando cuando me lo dijeron.

Tras morir Kiadi, decidí venirme a Europa, escapando de la guerra y la pobreza. Fue una decisión muy difícil, porque abandonaba a mis familiares y amigos, pero lo que no quería de ninguna manera es que el hijo que iba a nacer tuviera una vida como la que había tenido yo, o que muriera por enfermedades o trabajando en las minas. En mi país, la gente hablaba continuamente de Europa. Decían que allí hay riqueza, buenos alimentos, que se puede estudiar y trabajar. Que si podíamos llegar a las costas del norte, podíamos llegar andando a Europa. Nos mostraban el mapa y nos señalaban una distancia muy pequeña entre la costa de África y la de Europa. Yo no los creía al principio, pero al final me animé.

El viaje fue muy duro y peligroso, había que tener cuidado a quién elegías como guía en cada parte, porque mucha gente se quedaba el dinero y se marchaba. La parte final, el viaje desde Marruecos hasta la península, fue especialmente arriesgada. No tenía más dinero y las personas a las que les di todo lo que me quedaba eran mi última oportunidad de llegar a Europa. La verdad es que luego he visto que tuvimos suerte: nos dieron pan, agua y sardinas, y a los hombres les dieron brújulas y les indicaron la dirección a seguir. Nos dijeron dónde estaban los guardas costeros y nos comentaron que algunos sabían que íbamos a pasar. El viaje fue horrible. íbamos 48 personas en una patera muy pequeña. Tardamos seis días en llegar a las costas de Almería, y durante el viaje murieron tres niños y seis adultos. Simplemente los tiraron por la borda. Yo me pasé todo el viaje aterrorizada y pensando en mi embarazo.

Presentador: Ciertamente estremecedor esto que nos cuentas. Dejemos que nuestro siguiente invitado muestre otra cara de la injusticia económica en la que vivimos.

Fernando Andueza: Me llamo Fernando Andueza. Tengo 48 años, y había estado trabajando veinte como transportista, los cinco últimos en una empresa de Miranda de Ebro. Hace tres años me despidieron por falta de trabajo. Me lo veía venir. La empresa de transportes nos fue echando poco a poco, acabando por los que llevábamos más tiempo. Al final cerró.

El finiquito me sirvió al principio para pagar parte de la hipoteca de la casa, pero la situación económica se fue haciendo cada vez más angustiosa. Mi esposa se había dedicado siempre a las tareas de la casa y se puso a buscar trabajo, aunque no pudo encontrar más que trabajos ocasionales como empleada del hogar. Tenemos dos hijos, que en aquel momento tenían 11 años el niño y 14 la niña. El paro, por supuesto, se acabó rápidamente.

Hice al principio algunos intentos en bancos y cajas para ver si me podían dar un préstamo para comprarme una furgoneta, darme de alta como autónomo e intentar salir adelante. La respuesta fue en todos los casos igual: con la casa aún hipotecada y sin trabajo, no había crédito para mí. Intenté buscar trabajo, pero con mi poca formación, mi nulo manejo de ordenadores y lo inseguro que me siento, era difícil que me contrataran en cualquier sitio.

También podía haber utilizado el dinero del paro para acabar de pagar el piso o para comprar la furgoneta. Pero hicimos cuentas, lo pensamos mi mujer y yo y llegamos a la conclusión de que, aunque fueran 750 euros al mes, eran muy bienvenidos para ir tirando. Decidimos que era mejor seguir cobrándolos mes a mes y adiós furgoneta. No estaban los tiempos ni la confianza para arriesgarse.

Presentador: Lo que nos cuenta Fernando nos resulta tan común, con casi un 20% de parados, que nos puede parecer, erróneamente, que carece de dramatismo. Sin embargo, lo que verdaderamente ocurre es que nos hemos acostumbrado de tal manera al hecho del paro que estamos insensibles ante su dolorosa existencia. Debemos recordar esto antes de abordar los testimonios pendientes, que, por su gran actualidad y por la concienciación social que se ha creado a su alrededor, nos resultan muy provocadores.

Carmen Martín: Fue una tarde. Y era sábado. Recuerdo que estaba sentada en el sofá cosiendo el dobladillo de una falda para Elvira, mi hija. La tele estaba encendida y apenas prestaba atención a lo que decían. De vez en cuando, levantaba la mirada y veía imágenes de mujeres que escondían su rostro a la cámara. Contaban el maltrato que sufrían a manos de sus parejas. Los testimonios eran impresionantes. Los oía uno tras otro sin prestar interés. Yo seguía concentrada en mi dobladillo, escuchando a esas mujeres, como si nada tuvieran que ver conmigo.

Y recuerdo... —estoy un poco nerviosa, perdóñenme. Me emociona contar esto; no sé si voy a ser capaz—; recuerdo que de pronto me escuché diciéndome a mí misma: «A mí él nunca me

pega tanto..., no tanto como a ellas». Nunca sabía por qué, ni cuándo. Era horrible. De pronto me veía atrapada en una espiral de violencia que iba creciendo, creciendo, y que no sabía cuándo acabaría. Pero sí, es cierto: a mí nunca me pegó como a esas mujeres. Nunca tanto.

Me vi de pronto repitiendo esta frase una y otra vez; y entonces sentí un peso terrible en todo el cuerpo. Toda mi vida se me vino encima. Apagué la tele, y me quedé en silencio, sin pensar en nada: me pasaban imágenes por la cabeza a toda velocidad, en las que solo aparecían otras personas al lado de «alguien» sin rostro. Ese alguien era yo: mi madre abrazándome cuando yo era niña; mis cinco hijos jugando en la playa de La Arena; un hombre frente a la catedral de Toledo, al lado de una mujer a la que no ve; ese mismo hombre dándome un beso, y después dándome una patada. No sé cuánto tiempo estuve llorando aquella tarde, en silencio.

Presentador: Disculpe que la interrumpa, pero todavía no nos ha dicho su nombre...

Carmen Martín: Sí, sí, es cierto, perdóname..., me llamo Carmen. Me han dicho que tenía que empezar por aquí. Estoy un poco nerviosa. Me da apuro contar estas cosas aquí delante. Además, recordar todavía me hace daño. Nadie me puede devolver esa vida que él ha ido apagando a golpes. Pero también me alivia y me da fuerzas, porque poco a poco voy encontrando lugares en esa historia en los que me veo, y me reconozco; son lugares que poco a poco recupero y que me pertenecen.

Me llamo Carmen Martín, tengo 64 años y vivo en Retuerto desde hace cuarenta y cinco años. Nací en Almendralejo, un pueblo de Badajoz. Allí viví con mis padres y mis hermanos. Salí de casa para casarme con Marce, un chico del pueblo, ocho años mayor que yo. No sé si me casé enamorada. Esas cosas no se aprendían entonces. La vida empujaba, y a los 19 años no sé si a esa ilusión que yo tenía por vivirla se le puede llamar «amor». Nos casamos en abril. Y recuerdo de ese día el olor a azahar y el vértigo de una vida a 900 kilómetros de mi casa. Fuimos de viaje de novios a Toledo. Y de allí, llegamos a Bilbao: vivimos dos años en una habitación alquilada en Rekalde, con derecho a cocina. Carmen y Elvira, mis hijas mayores, nacieron en aquella casa. Después compramos un piso en un barrio de Retuerto. Allí nos encontramos con gente de nuestro pueblo también, y de otros pueblos de Extremadura, sobre todo de Badajoz, y también de Jaén, de Orense, de Segovia. Gente como nosotros, que llegamos a trabajar a las fábricas de la zona.

Recuerdo esa vida como si la hubiese vivido otra persona que no soy yo. Él compaginaba su trabajo en la fábrica haciendo chapuzas, al principio, y vendiendo seguros después. Eso nos permitió vivir con cierta holgura: pagamos el piso, nos compramos un coche y los chicos pudieron estudiar y aprender un oficio. Todos los años volvíamos en agosto a Almendralejo. Éramos una familia aparentemente normal. Marce era un hombre —como dicen ahora— muy bien integrado socialmente. Yo no: dependía de él, en todo. Me dominaba. Nunca perdía el control delante de los demás. Solo me trataba con indiferencia y desprecio. Aguantaba hasta que estábamos solos, él y yo..., y allí empezaba mi infierno.

Recuerdo que al principio miraba a las mujeres del barrio y pensaba si ellas vivirían como yo, con esa angustia, con esa tristeza, con ese dolor. Me obsesionaba también que nadie notara nada: ni mis hijos, ni en las tiendas, ni en la escuela. Cualquier señal o moratón..., o me había resbalado en la cocina o me había dado un golpe. En la cama también: me quedaba quieta, para que los niños no oyesen, para que nadie oyese. En silencio. Era horrible. Un infierno. Aprendí que era peor si reaccionaba a los empujones, a las amenazas, a las mentiras, a los abusos...; era mejor no contestar, no enfrentarse. Poco a poco, de tanto aguantar, de tanto contenerme, me fui vaciando. Todo aquello se hizo normal para mí. Hasta el día que me escuché decir con tranquilidad, mientras cosía un dobladillo: «A mí él nunca me pega tanto». Lo único que pude hacer entonces fue llorar.

Ahora sé que aquello que había sido mi vida no era normal. Es verdad: nunca me pegó tanto. Nunca intentó matarme, pero me pegaba, muchos días. Me insultaba, me intimidaba, abusaba de mí, me trataba con indiferencia, me amenazaba, me despreciaba... Entonces no me preguntaba por nada: vivía asustada.

Presentador: Muchas gracias, Carmen, por tu emotivo y desgarrador testimonio. Todos comprendemos la dificultad de exponer en voz alta experiencias tan dolorosas. La verdad es que la intensidad y profundidad de todo lo que estamos escuchando hoy aquí es enorme. Muchas gracias a todos. Pasemos, finalmente, a nuestro último y más joven invitado.

Pello Sustatxa: Hola. Me llamo Pello Sustatxa, y yo también estoy un poco nervioso. Vivo en Murgia. Tengo 16 años y estudio en un colegio de Vitoria. Vivo con mis padres. Mi *aita* trabaja en una empresa de automóviles, también en Vitoria, y *ama* trabaja en una escuela de Amurrio. Tengo dos hermanos mayores que yo: uno estudia en Madrid «teleco», y el otro Derecho. No sé qué más decir.

Os escucho a vosotros y pienso que yo tengo una vida perfecta. No quería venir aquí. ¿A quién le puede interesar lo que a mí me pasa? Solo quiero que me dejen en paz: quedarme tranquilo, en mi habitación, con mis cosas. Ese es el único lugar donde me siento seguro. Todo lo demás..., no sé: no me va bien.

Todos me preguntan lo mismo..., a ver qué me pasa. Y ahora quieren que lo cuente aquí. La gente viene a la tele a contar su vida y ahora parece que lo que me ha pasado a mí es importante: lo tengo que contar para que no les pase a otros, para que se sepa, y para que —como me dice Joseba— haya conciencia en la sociedad de que estas cosas ocurren y hay que evitarlas..., pero a nadie le importa en realidad lo que me ha pasado a mí.

¿Sabes lo que es tener miedo a ir al colegio o a salir a la calle? ¿Temblar de miedo en los vestuarios cuando te arrinconan y nadie hace nada para ayudarte? ¿Sabes lo que es estar deseando que no acabe nunca la clase para salir al patio?, ¿que se rían de ti por cualquier cosa?, ¿que te arrinconen, que te peguen, que te insulten, que se mofen de ti? ¿Sabes qué es que te ridiculicen por todo?, ¿que no sepas qué hacer para parar esa rueda?

Un grupo de chicos y chicas de clase me ha hecho la vida imposible estos dos últimos años: al principio eran motes, e insultos... Han conseguido meterme el miedo en el cuerpo y hacer que me sienta como un trapo. No sé quiénes son peores: ellos me insultaban, me daban empujones, me hacían gestos por el pasillo. Las chicas resaltaban más mis defectos físicos, la manera en la que iba vestido, cómo ando..., me hacían sentir ridículo. ¿Sabes lo que es montarse en un autobús y tener que aguantar más de cuarenta minutos allí dentro todos los días? Al principio era de vez en cuando, pero al final se fue haciendo continuo. Y era imprevisible. No sabía cuándo ni dónde ocurriría..., solo sabía que ocurriría. ¿Es eso lo que queréis que cuente?

Se me han quitado las ganas de hacer cualquier cosa. No quiero estudiar. Duermo mal. Me duele el pecho y a veces me cuesta respirar. Es como si te encerrasen en una habitación sin aire. Tengo miedo de salir a la calle y encontrarme con alguno de ellos. No sé qué hacer para salirme de esa rueda..., me sentía atrapado en el colegio, como en una jaula.

● La vida continúa: reportajes complementarios

Presentador: El testimonio ofrecido por nuestros invitados se completa ahora con el trabajo de nuestros reporteros, que, recurriendo a los archivos, dialogando con nuestros protagonistas o acompañándolos en su vida cotidiana, han elaborado los siguientes reportajes, en los que no deja

de estar presente el testimonio directo de las víctimas. Pasemos a verlos en el mismo orden de presentación inicial.

Reportaje 1

Pasó el funeral, se fueron los políticos y con ellos las cámaras, y María Luisa se quedó vacía, viuda y con dos hijos, una adolescente de 14 años y un chaval de 10. Tuvo que ponerse a trabajar limpiando casas para sacar dinero, pues las buenas palabras y ofrecimientos de ayuda iniciales se esfumaron y los pocos ahorros que tenía se acabaron pronto.

Fueron tiempos muy duros. Tras el dolor, la rabia y la impotencia iniciales, la depresión ocupó su vida; su hija desarrolló un sentimiento de culpabilidad enfermizo, pues llegó a pensar que había podido facilitar inconscientemente datos sobre su padre, y se introdujo peligrosamente en el mundo de la droga; el niño reaccionó con violencia y rabia... La verdad es que la factura del psicólogo fue durante varios años uno de los gastos más importantes de la maltrecha economía familiar:

Gracias a Dios hoy puedo contar todo esto con serenidad, pues las cosas mejoraron con gran esfuerzo y sufrimiento por parte de todos. Busqué y encontré fuerzas en la familia y en la fe. El paso del tiempo —¡qué duda cabe!— también ayudó.

Los problemas de casa no se olvidaban en la calle, sino que se acrecentaban. El vecindario comenzó a rehuirla. Pocas personas se paraban a saludarla o a conversar un rato. Muchas, está convencida de ello, la evitaban porque no sabían cómo comportarse, qué decirle..., pero tampoco faltaban las que tenían miedo de que se las relacionara con ella y fuesen «marcadas» por esa razón. Los propios concejales del ayuntamiento, compañeros al fin y al cabo de José Luis, no fueron capaces de ponerse de acuerdo para condenar unánimemente el atentado de manera pública, aunque en privado le mostraron su repulsa... Ellos también tenían miedo o distinguían sutilmente entre lo político y lo personal...

Ahora siente una gran pena cada vez que recuerda comentarios que llegó a oír en aquellos tiempos y que le dolían: «Era una buena persona, pero en el partido equivocado», «No debía haberse metido en política», «Él ayudaba al pueblo, pero su partido lleva una política represora contra los derechos de nuestro país»...:

14

Al oír todo eso yo pensaba: ¡qué locura! José Luis era una persona comprometida con su pueblo y sus necesidades, integrante de una opción política legítima y democrática, al menos tanto como el resto, y que a partir de ese momento no encontró a personas dispuestas a sustituir a José Luis en la concejalía, y no volvieron a presentarse en convocatorias electorales por falta de candidatos. Lo cierto es que a mi marido una ideología totalitaria y antidemocrática lo asesinó porque estorbaba, porque sobraba, porque no lo querían como miembro de su proyecto de sociedad excluyente... ¡Hasta hicieron una pintada llamándolo «asesino y fascista»! ¡Qué paradoja tan cruel!

Por suerte, hoy puede contar todas estas cosas emocionada, pero serena, sin odio y con un deseo enorme de aportar lo vivido como un valor para construir una sociedad vasca más libre, justa y pacificada. Hoy, por fin, tiene la oportunidad de expresar públicamente lo que durante años se quiso socialmente ocultar. Las asociaciones de víctimas del terrorismo han salido de una clandestinidad forzosa y se expresan públicamente, y se alegra de ello, incluso cuando a veces no comparte todo lo que dicen. El olvido de aquellos años de plomo ha quedado atrás y ahora hay un reconocimiento social, tardío, pero sincero y valioso... Hay veces que siente, por el contrario, que una parte de la ciudadanía ya se está cansando de ellas.

Tampoco puede quejarse de las ayudas recibidas estos últimos años, amparadas en leyes aprobadas en distintos ámbitos estatales y autonómicos. Quince años después, recibió una indemnización económica y asistencia psicológica gratuita. Echa en falta algún tipo de recuerdo en su ayuntamiento, al que José Luis se dedicó con generosidad. Le gustaría, ahora que tiene un nieto precioso, poder llevarlo un día de paseo ante una pequeña placa, en Elorrio, para contarle lo bueno que era su abuelo y lo injusto de su asesinato, y para convencerlo de que el futuro por el que hay que apostar es el de la convivencia y no el del odio.

Reportaje 2

*Tras su paso por las dependencias policiales, **Joseba** vivió como una auténtica liberación su puesta a disposición judicial, aunque el juez no hizo nada por investigar la denuncia de torturas y meses después el abogado lo disuadió de seguir con ello. El juicio se celebró con relativa rapidez y fue condenado a diez años de prisión por colaboración con banda armada. La amnistía posfranquista posibilitó su salida de la cárcel apenas tres años después:*

Rechacé un recibimiento popular que me hicieron porque yo no me consideraba un héroe, ni un resistente antifascista, era una víctima de la tortura y, además, sentía vergüenza por ello.

Lo que vino después fue un auténtico esfuerzo de reconstrucción personal no exento de dificultades. Recibió tratamiento psicológico durante cuatro años para recuperarse de las secuelas de la tortura. Perdió su capacidad de relación con las personas, a las que veía como enemigos potenciales; sufría de alteraciones de sueño, pesadillas constantes... Perdió su empleo y se refugió en el caserío, alejado de la vida social. También perdió la salud: todavía hoy sufre dolores crónicos de espalda y disfunción sexual. Le ayudaron una gente de Amnistía Internacional y la familia, pero tenía que afrontar muchos elementos en contra: periódicamente recibía amenazas de miembros de la Guardia Civil, el convulso ambiente sociopolítico tampoco ayudaba y, sobre todo, la impotencia personal ante la impunidad de los torturadores era un lastre permanente. Por suerte, pudo recuperarse y reconoce que el hecho de que la democracia fuera asentándose contribuyó también a ello.

Hoy cree que las torturas han dejado de ser algo habitual y sistemático, aunque está convencido de que todavía hay agentes sin escrúpulos que la ejercen puntual y esporádicamente, y su persecución, a pesar de las medidas de prevención establecidas, sigue siendo dificultada por el oscuroantismo, el silencio de quienes no la denuncian cuando la contemplan, la incredulidad social... Son muchos quienes todavía hoy tienen responsabilidad en que algo tan infamante como la tortura siga produciéndose en cualquier lugar del mundo. Nuestro invitado sentencia:

La tortura ha de desaparecer, no es nunca justificable, ni el mayor delincuente o asesino merece ser tratado de ese modo. Las fuerzas de seguridad están para hacer cumplir la ley y los derechos, no para vulnerarlos.

Reportaje 3

*En Almería, **Mungere** se encontró con personas que trabajaban para organizaciones que se dedican a ayudar a gente en su situación. Se quedó muy sorprendida y empezó a pensar que igual tenía suerte, aunque la sensación de estar sola en un país extraño, sin amigos y sin conocer el idioma, era terrible. La dejaron quedarse unos días en un lugar en el que podía dormir y comer. Allí conoció a otras personas procedentes de su país, que la dejaron que las acompañase*

hasta Bilbao, porque tenían algún conocido allí. Le prestaron el dinero para el viaje, y se presentó en Bilbao.

Los primeros meses en Bilbao fueron muy difíciles. No sabía adónde ir, y el embarazo avanzaba. No podía encontrar ningún trabajo, no conocía a nadie y no podía comunicarse porque no sabía hablar español:

Luego me enteré de que las mujeres embarazadas es más difícil que encontremos trabajo, ya que nada más dar a luz podemos quedarnos unos meses en casa cuidando al bebé y seguir cobrando un salario. Y algunas, como me pasó a mí, tenemos que estar en la cama las últimas semanas del embarazo, y eso no le conviene a quien nos contrata. Si además eres negra y enfermiza, como yo, no había ninguna posibilidad.

Las personas que conoció en el viaje le dijeron que existían algunas asociaciones que podían darle una cama y algo de comida durante un tiempo, y sobre todo ayudarla para que pudiera dar a luz sin complicaciones en un hospital. Encontró una asociación que la ayudó, y que luego le ofreció una habitación en un piso de acogida. Así pudo empezar a criar a la niña y a buscar trabajo.

Hoy vive en una habitación alquilada en el barrio de San Francisco. Su hija tiene dos años y medio y ya va a la escuela. Mungere trabaja de vez en cuando limpiando casas y cobra la renta básica. Está haciendo unos cursos de hostelería para ver si puede encontrar un trabajo más estable, aunque la niña tiene una salud bastante frágil y tiene que quedarse en casa cuidándola muchas veces. Para una persona como Mungere, a la que mucha gente mira como a una extraña, es difícil encontrar personas que le puedan ayudar cuidando a la niña.

Mungere se da cuenta de que a los demás niños de la escuela, aunque tienen padres y madres que trabajan, siempre hay familiares o amigos que los ayudan, o tienen una persona que hace las tareas de la casa y que va a buscar a los niños al «cole». Mungere no tiene nada de eso:

Me duelen muchas veces la espalda y los brazos. Me ha dicho el médico que es un problema en los huesos por mala alimentación. Pero no me importa. Lo soporto con gusto. Yo ya no pienso en mi futuro. Solo en la posibilidad de que mi niña pueda estudiar y tener alguna oportunidad de vivir como cualquiera de los otros niños y niñas con los que está en la escuela. Solo eso me importa.

De su familia no tiene apenas noticias. Cuando se encuentra con alguna persona llegada de su mismo país le pregunta cómo están allí las cosas. Pero todavía no ha encontrado a nadie que sepa de sus padres o hermanos, ni siquiera de algún conocido común:

Me siguen hablando de violencia, niños trabajando en las minas, malaria... La verdad es que ya no tengo esperanzas de volver a ver a las personas queridas que dejé allí.

Reportaje 4

Al final, Fernando tuvo que vender el piso e irse con su familia de alquiler a una zona mucho más humilde. Los niños cambiaron de instituto y tuvieron que rehacer sus amistades. Con el cambio de vivienda, perdieron el contacto con muchos amigos. Fernando piensa que lo del cambio de casa y barrio casi fue un alivio, que le evita el agobio de sentirse inferior al no poder participar en los planes habituales de la cuadrilla.

Por ahora se van arreglando a base de la ayuda que encuentran en familiares y amigos, pero Fernando se siente un inútil, un parásito que está gastándose los ahorros propios y los de sus

padres y suegros y que no puede salir a tomar una cerveza o a cenar con su mujer. Ni hablar de que sus hijos puedan manejar algo de dinero, para ir al cine o celebrar su cumpleaños invitando a sus amigos.

Fernando se ha convertido en el «amo de casa» cuando su mujer tiene trabajo. Él se ocupa de limpiar la casa, comprar lo imprescindible, acompañar a los hijos al instituto (cada vez menos, ya que a ellos les da vergüenza) y hacer la comida (muchas veces para él solo, ya que su mujer y los niños suelen ir a casa de los abuelos, para ahorrar). Siempre fue una persona dispuesta a colaborar en las tareas del hogar y no siente ninguna vergüenza de hacerlo, pero lo peor es el vacío. Ellos van a la calle y él se queda solo en casa, dándole vueltas a la cabeza, cada vez con menos energías para salir adelante:

De vez en cuando hago alguna chapuza para algún conocido. Pero todo es muy frágil y me doy cuenta de que muchas veces me lo piden por compasión. Al final acaban siendo trabajillos muy pequeños que no me atrevo ni a cobrar. Insisten y me dan un dinero que me suena a limosna. Sé que lo hacen con buena voluntad, pero me siento humillado.

Las relaciones con sus hijos cada vez son más difíciles. Fernando lo entiende. Las broncas en casa se suceden, en parte porque son adolescentes y en parte porque se dan perfecta cuenta de que visten peor que sus compañeros, que no van de vacaciones, que no manejan dinero cuando salen. Que ni siquiera se pueden apuntar a las actividades extraescolares porque no pueden pagarlas. La asociación de padres y madres del instituto tiene becas y ayudas para gente como ellos, pero eso es precisamente lo que Fernando quiere evitar: ser incluido en ese grupo de «gente como ellos». Se da cuenta de que, sobre todo la mayor, está con amigos y amigas poco recomendables, aunque muchas veces Fernando piensa que los padres y madres de ellos dirán lo mismo: hija de parado, madre limpiando pisos, de alquiler en esa barriada...

Fernando lucha por mantener la dignidad y las relaciones con su mujer son buenas:

Por ahora nos queremos y apoyamos, y no encuentro reproche alguno en las miradas o gestos de mi mujer. Pero ya sé lo que puede pasar en estos casos: problemas en la pareja, bebida, los hijos se van alejando, cada vez menos gente a la que recurrir para pedir ayuda... Esos pensamientos me atormentan cada día. Y no veo salida.

Reportaje 5

Pasaron muchos años hasta que Carmen se decidió —o, mejor dicho, se atrevió— a poner la primera denuncia:

Me justificaba disculpándolo: él tenía mucha presión para sacar la familia adelante. Para él la vida tampoco ha sido fácil. Siempre encontraba algo para justificar su violencia. En realidad, era miedo. Encontré la fuerza en mis hijos. En cierta manera ellos me obligaron a hacer algo a lo que yo me venía resistiendo durante años: ellos también han quedado marcados por todo lo que han vivido en su infancia, en casa. Más o menos han conseguido construir sus vidas con normalidad.

Durante años, Carmen pensó que debía aguantar por sus hijos. Le resultaba difícil, imposible, recomponer su vida sola, sin recursos y una autoestima muy dañada. Ni siquiera se planteó escapar de ese infierno. Ahora recuerda cómo su madre le insistía en que así eran los hombres, que había que aguantar, era lo que le había tocado..., incluso los había peores que su marido. Carmen llegó a creer que de allí no se salía. Es cierto que en aquella época el maltrato y la violencia de

género no eran temas de preocupación pública. Eran cosas que se quedaban «dentro de casa», de puertas para adentro. No existía conciencia social al respecto. Tampoco un sistema que protegiera a las personas en la misma situación que Carmen. En la actualidad es distinto: existen recursos sociales, sanitarios, judiciales. En aquella época, sin embargo, todo aquello estaba todavía por conseguir.

Hoy, Carmen vive con su hija pequeña, Lidia, y Josean, que volvió a casa el año pasado después de separarse. En el barrio también vive Carmen, la hija mayor, con su marido y sus dos hijos. Elvira trabaja en Madrid, y Roberto vive en Bilbao con su compañera y su hija. Ellos apenas tienen relación con su padre. Carmen no quiere saber nada de él.

Yolanda, la psicóloga de la asociación de mujeres a la que Carmen acudió con sus hijas Elvira y Lidia, recuerda cómo al principio era incapaz de contar lo que le pasaba:

No sabía poner palabras a nada, le daba vergüenza y se sentía culpable. Tenía miedo. Nos costó mucho que ella reconociese que nombrar lo que le estaba pasando era el primer paso para salvar su vida.

Carmen sigue viviendo en el mismo barrio. Le costó superar el miedo y la vergüenza que tenía a que todo el mundo supiese lo que le había pasado. De alguna manera, todos lo sabían ya: sus vecinos, las personas más allegadas a ella y las que no lo estaban tanto en aquella época....:

Esas cosas se saben, aunque nadie me ayudó entonces.

Carmen forma parte en la actualidad de la Asociación de Mujeres de Retuerto. Hace dos años acabó el graduado, ha aprendido a nadar y los martes hace yoga... Ella asegura que hoy ya no tiene miedo, pero no consigue que le abandone el dolor por el daño, físico y emocional, que sufrió como consecuencia de los maltratos continuados:

No puedo dejar de pensar que no valgo para nada. Me siento muy insegura por todo, y me falta confianza e ilusión. En casa estoy más tranquila. Yolanda, la psicóloga, me ayuda mucho. Me dice que esto es un «proceso» y que las cosas van poco a poco. También me ayudan mis amigas: con ellas me siento a gusto. Y con mis hijos y mis nietos: ellos son mi vida.

No es difícil ver la alegría que le produce a Carmen mirar la foto que tiene en las manos. Aparece en ella al lado del grupo de mujeres de Retuerto, frente a la Catedral de Toledo:

Fuimos de excursión allí hace unos meses. Me emocioné mucho paseando por la ciudad. ¡Es tan hermosa! Trataba de recordar a esa chica que cuarenta y cinco años antes paseó por aquellas calles. Y me veía yo misma allí, ahora con 64 años. No puedo enterrar el pasado. Pero todo lo que hago ahora me pertenece.

Reportaje 6

Pello no ha querido que grabemos imágenes del pueblo de Álava donde vive. Tampoco que su familia haga ninguna declaración. No quiere exponerse más, ni que la cámara muestre su vida:

He aprendido que es mejor pasar desapercibido.

Pello es el más pequeño de casa. Por la tarde, cuando vuelve del colegio, espera en su habitación a que sus padres regresen de trabajar. Le alivia sentir que no está solo, y que hay alguien

más en casa, aunque prefiere que lo dejen en paz. Se queja de que cosas como las que le han ocurrido a él parezcan normales, cosas de adolescentes. Él ha sufrido acoso, coacciones, gritos, empujones, amenazas e insultos: «¿Es eso normal?».

Joseba, el psicólogo del centro, fue el que poco a poco logró sacar a Pello de su hermetismo. Sus profesores estaban preocupados por su actitud, que nada tenía que ver con su manera habitual de comportarse y de relacionarse:

Joseba me llamó una tarde a su despacho y no recuerdo qué dijo. Solo sé que no me preguntó qué me pasaba. No sé si me ayudó o me ha complicado más la vida. Ahora por lo menos ya no me pegan.

Pello cree que su situación no ha mejorado mucho desde entonces. Ahora ya no lo acosan, pero le resulta muy incómodo cómo ha cambiado todo a su alrededor. Todo le resulta muy artificial. Acude al psicólogo cada quince días y tiene dificultades para contar qué le ha pasado, o cómo se siente. En clase, el ambiente se ha enrarecido mucho y el colegio está haciendo esfuerzos grandes por hacer frente al problema y tratar de normalizar la vida en el centro. A algunos estudiantes se les abrió expediente. Y no todos los padres han reaccionado denunciando el acoso recibido por Pello:

Es muy duro escuchar que quizás yo también he hecho algo..., me dicen a ver de qué voy... Mis padres han tenido problemas con otros a cuenta mía. También discuten mucho entre ellos. Y ahora me llaman a todas horas al móvil. También mis hermanos. En casa, están pensando en cambiarme de colegio el año que viene. A mí me da igual. Todos me tratan de manera rara. Creo que algunos se sienten culpables y otros quieren parecer inocentes.

El centro ha puesto en marcha un programa de resolución de conflictos, y cuenta con el apoyo del equipo de psicólogos de un 'berritzegune' (centro de orientación e innovación pedagógica) que está trabajando con los estudiantes, dando herramientas educativas a los profesores y sensibilizando a las familias. Pello ahora acude al centro a diario en coche, con su padre:

¿Sabes qué es lo peor? Pues que todo esto pasará. No va a ser siempre así. Me asusta pensar qué va a pasar cuando todo vuelva a ser normal otra vez.

● Palabras para pensar

Presentador: Como en otras ocasiones, tenemos con nosotros a un grupo de profesionales que nos ayudarán a analizar la realidad que traemos al programa. Se trata de Javier Ibarra, periodista, experto en conflictos; Mikel Pedrosa, sociólogo; Leire Montes, economista, y Estibaliz Santacoloma, política retirada. Buenas noches a todos. La primera pregunta que me gustaría plantearos es la siguiente: ¿qué elementos comunes y qué diferencias podemos destacar en estos testimonios reales? ¿Las causas son las mismas?

Mikel: Buenas noches. Quisiera empezar agradeciéndoles sus testimonios a las víctimas. Muchas gracias por compartirlos. No ha tenido que ser fácil para ninguno de ustedes poner palabras a lo que han vivido. Sus testimonios expresan tan claramente la injusticia, y la desgracia y el dolor que la acompañan, que resulta difícil no emocionarse. Así que perdónenme ustedes a mí por no tener su templanza en este momento en el que me piden que abra este debate. Yo más bien qui-

siera dialogar con ustedes. Tan cerca como han llegado a todos nosotros, no podemos permitirnos ahora que nuestras palabras pongan de nuevo una barrera entre ustedes y nosotros.

Leire: Estoy de acuerdo, Mikel; ya pone una barrera nuestra categoría de «expertos» en este programa. Y después de oír a las víctimas, uno siente un poco de vergüenza..., como si estuviésemos en un balcón viendo pasar gente que ha sufrido y sufre muchísimo. Mirando desde arriba, clasificando los testimonios. Que nos perdone también el presentador. La pregunta es interesante, pero... no sé... No se puede hablar de esto con ligereza y quizás podamos ayudar a que esto, hablar con ligereza, no ocurra aquí y ahora. Yo, al menos, prefiero cambiarme de sitio. No podemos hablar desde donde lo estamos haciendo. Estos testimonios nos deben mover a sentarnos al lado de sus protagonistas, no frente a ellos: yo, y perdónenme de nuevo el presentador y el realizador, prefiero estar sentada al lado de las personas que hay detrás de cada uno de esos testimonios... ¿Me permites, Mungere?

Javier: Yo también quisiera decir algo. Prefiero hacerlo también, como Leire, sentado al lado de Pello. Hola, Pello, hola a todos: Joseba, Mungere, Fernando, Carmen y María Luisa. Soy Javier, vivo en Deusto, tengo 43 años. Estudié Periodismo en la UPV y trabajo desde hace quince años en un periódico local. Trabajo con las palabras para contar lo que pasa. Y escuchándolo, pensaba que a veces no soy tan bueno como creía, a pesar de lo mucho que se suele alabar mi trabajo. No siempre valen las palabras para contar bien lo que pasa. Vosotros no sois una noticia. Y a veces solo somos capaces de veros como eso: como una noticia... que se olvida en cuanto llega la siguiente.

Estibaliz: Perdona, Javier, voy a aprovechar porque creo que solo faltó yo, ¿verdad? Yo soy Estibaliz, tengo 54 años y vivo en Hondarribia. Me dediqué a la política con mucho entusiasmo durante la transición a la democracia en nuestro país, en la década de los setenta. El partido político que representaba tampoco existe ya...; fíjalo: ¡estamos hasta en otro siglo! Me van a permitir María Luisa y Fernando que me siente entre ellos... Muchas gracias... Yo también, escuchándolo, al igual que Mikel, recordaba un dicho que solía decir con mucha frecuencia mi *amama*: «Tanto nadar, tanto nadar, para terminar ahogado en la orilla». ¿Sabéis? Creo que la lección más importante que nos estáis dando hoy a todos es que, con mucho dolor, con muchas dificultades, a pesar de la incomprendión y de la soledad, sabiendo que no es fácil, no obstante, esas injusticias, de alguna manera, pueden superarse. Depende también, sobre todo, de nosotros: de que decidamos movernos y sentarnos a vuestro lado. Que os hayáis acercado hoy a este estudio, que nos hayáis traído trozos de vuestras vidas, que hayáis decidido compartirlas es una manera de empezar a decir que es posible, si queremos, avanzar hacia la eliminación de estas injusticias. Y esa es la primera respuesta que debiéramos dar cada uno de nosotros: en la medida de nuestras capacidades, ¿qué podemos hacer cada uno de nosotros para que dejen de ocurrir?

Mikel: Pues empiezo yo, que es lo que me habían pedido desde un principio. Si nosotros nos sentimos incómodos con esta etiqueta de «expertos», fíjalo cómo se tienen que sentir Joseba, Mungere, Fernando, Carmen, Pello o María Luisa..., el plus que han tenido que sufrir precisamente por lo mal que se interpreta la que ellos llevan: «víctimas». Y sin embargo lo son: todos y cada uno de ellos. Víctimas de una terrible y cruel injusticia. Son personas que han sufrido, en su propia persona o en la de sus familiares más allegados, circunstancias provocadas por otros (personas individuales o sistemas sociales soportados en última instancia por personas) que los han llevado a situaciones de dolor, en ningún caso accidentales o producto de la naturaleza. En ocasiones, han sido actos explícitamente violentos, ejercidos por otros de manera intencionada y sin más motivo

que el causar miedo, terror. Sin otra intención que dominar, herir, anular e incluso matar. El suyo es, en definitiva, un sufrimiento injusto.

Joseba: Me animo a participar si me lo permitís...

Mikel: Sí, sí, por favor.

Joseba: Lo terrible de esto es lo mucho que ha costado que se reconozca que, efectivamente, lo somos. Somos víctimas. También nos ha costado reconocerlo a nosotros mismos. No es fácil: uno siempre piensa qué quizás ha hecho algo mal. A todos de alguna manera nos ha acompañado alguna sospecha: como si nos mereciésemos lo que nos ha pasado. Pocas veces se nos considera «innocentes», aunque de hecho lo seamos. Es difícil cambiar esa manera de pensar que provoca que la gente incluso «no se fíe»; o piense que «algo habrás hecho». Eso es muy duro, sufres doblemente cuando dudas... o cuando incluso lo justificas, como le pasaba a Carmen.

María Luisa: Sí, sí, es cierto..., incluso tienes vergüenza de lo que sientes. Te sientes culpable por sentir rencor, odio..., por desear incluso venganza. Antes de llegar a ser «calificados» como víctimas, hemos sufrido muchas descalificaciones. También estas son injustas.

Fernando: Sí, yo tengo que decir que quizás mi caso se aparta a primera de vista de todos los demás: no he sufrido agresiones físicas ni he vivido de cerca situaciones de violencia directa, pero tengo en común esa sensación de que la gente piensa que la culpa es mía, que habré sido un vago, o un irresponsable por no haber estudiado, que cualquiera puede encontrar un buen trabajo si lo intenta de veras... No sé cómo explicar que, en mi caso, y en otros muchos que seguramente todos conocemos, eso no es verdad. Que hay víctimas reales del sistema económico que se ven condenadas al paro y a sufrir sus terribles consecuencias sin que puedan hacer nada por evitarlo.

Pello: Es que te sientes «fuera» de todo lo que es normal.

Mikel: A eso me refería precisamente. Se duda a veces de que lo que les ha pasado a todos ellos es una injusticia radical. Y las dudas al final terminan ocultando la propia injusticia. Lo que es injusto está frente a nuestros ojos: lo vemos. Lo oímos. Lo consentimos. Lo identificamos como injusto y, seguido, le echamos una pala de arena encima, lo tapamos. Como si no quisieramos verlo. Nos prestamos a justificarlo. Nunca a denunciarlo ni a revelarnos contra ello. Eso dice poco de nosotros como personas. Pero todos podemos hacer algo ante la injusticia. Es necesario repararla.

21

Leire: De todas maneras, Mikel, en muchos casos es imposible «hacer justicia». Piensa en José Luis: a él le arrebataron injustamente la vida, y eso ya no se lo podemos devolver: son derechos que no podemos garantizar a quienes se han visto injusta, violenta, cruelmente desposeídos de ellos de una forma definitiva.

Javier: No es fácil contestar a la pregunta que nos hacían. No creo que el asunto consista en responder qué iguala a las víctimas. Y qué es lo que las diferencia. Cada víctima es única. No podemos reducir el dolor, la injusticia ni el terror a unos rasgos concretos. La injusticia se siente. La injusticia se comprende y se reconoce, pero ¿por qué se consiente? Mirémonos cada uno de nosotros, cómo nos situamos ante la injusticia, qué es lo que nos hace reaccionar, qué es lo que decidimos hacer para combatirla. Sé que lo que voy a decir resultará quizás polémico, pero todos nos

convertimos en cómplices de la misma cuando decidimos no hacer nada o justificarla. Nadie merece la violencia brutal de una paliza por ser mujer, nadie merece que le arrebaten la vida por pensar de otra manera. El azar decide dónde nacemos. Solemos responder que nosotros nada podemos hacer para cambiar el azar. Sin embargo, el azar no hace que esas personas que viven en lugares alejados de la «zona rica del mundo» vivan en condiciones indignas, miserables, no humanas. Eso lo provocamos (y consentimos) los que vivimos en este «otro lado». ¿Quién no entiende que todo esto es una injusticia? ¿Quién hace algo para evitarla?

Estibaliz: La injusticia además genera más injusticia. La favorece y la promueve. Si abandonamos la capacidad de indignarnos ante lo que no es justo, todo está permitido y perdemos todos como personas. Se oscurece la posibilidad de construir «la tierra de los libres», como suelen decir en algunas películas.

Javier: Ciento. No hablamos de utopías, de alcanzar un mundo perfectamente justo. Nadie sabe cómo sería ese mundo. Todos lo podemos imaginar de maneras distintas. Pero todos coincidimos en que es imprescindible poder identificar lo humanamente injusto. Pensar sobre lo que sentimos, sobre las razones que damos, pensar cuáles de esas razones son mejores que otras, cuáles están más cerca de la dignidad y cuáles están más lejos de ella..., pensar cuáles de esas razones nos ayudan a evitar esas injusticias. Hablar, con razones y con razón, sobre estas cosas.

Mikel: Yo traía algunas cosas preparadas. Llevo tiempo pensando en ellas. Y como me tocaba empezar... Quizás ahora puedo compartir con vosotros algunas de esas cosas que tenían que ver con la primera pregunta del guión.

Leire: Sí, Mikel, hay cosas que requieren un cierto y razonable desorden, como el que hemos provocado un poco intencionadamente aquí... Ahora que ya estamos todos sentados juntos, y ahora que están todas las voces presentes en este diálogo, quizás podamos pensar en que ha llegado el momento de poner cierto orden. El presentador nos lo agradecerá.

Mikel: Gracias, Leire. Todo lo que voy a decir, de alguna manera, ya se ha expresado en los testimonios. Nosotros, los expertos, hacemos una tarea útil, incluso importante, pero no tanto como a primera vista parece: ponemos también un poco de orden en esas expresiones, las explicamos..., aunque a veces no nos expliquemos en absoluto... Yo intentaré que no me pase a mí ahora. Es cierto, como señalaba Javier, que cada víctima es única, pero también es posible encontrar elementos que todas ellas comparten.

Por ejemplo, todas ellas exigen y merecen *verdad*: que se sepa lo ocurrido, que se desvelen las mentiras, que se desenmascaren las palabras tergiversadoras, que se eliminen los prejuicios, o los intereses políticos, ideológicos, económicos o del tipo que sean, que se reconozcan las injusticias y se identifique a sus responsables. ¿Cómo reconocer la injusticia si no se la nombra, si no se la señala? Hay que romper el silencio con la verdad. Contarla. Conocerla.

Todas ellas exigen y merecen además *justicia*. Pero cuidado: recordemos que cuando se pide justicia no se reclama venganza, sino, antes y por encima de todo, reparación y, a veces, también castigo, que ha de ser a su vez proporcionado y humano...; en todo caso, algo que exprese que el delito no quede impune. Y también se podría decir que sin justicia no es posible el perdón, pues este la asume, superándola, nunca negándola, pero esto nos llevaría muy lejos.

Todas ellas además necesitan recordar, *memoria*: que no se olvide, para que no vuelva a ocurrir. Ni a ellas ni a nadie más. Recordar resulta doloroso, especialmente para quien lo ha sufrido. También para el resto de las personas, porque nos recuerda el camino que todavía nos queda por

recorrer. Es una tarea difícil, que no se puede hacer de espaldas a las personas que la han sufrido. Por eso, yo me alegro del modo en que ha empezado este debate: no recordando a las víctimas, sino recordándonos con ellas, que es una manera sencilla pero necesaria de ser solidarios.

Carmen: No sé..., yo quisiera decir que también, de alguna manera, somos diferentes... No es que yo sea diferente... No..., no me malinterpretéis. Lo que a mí me ha ocurrido en la vida, esa violencia que sufrió durante tantos años..., no me ocurrió porque soy mujer, sino porque en nuestra sociedad hay algunas personas que piensan que, por ser mujeres nosotras y ellos hombres, son nuestros dueños. Piensan que les pertenecemos y que pueden hacer con nosotras lo que quieran, incluso matarnos, para que así seamos del todo de ellos. Mungere nació en un lugar del mundo maravilloso, pero entre todos lo hemos empobrecido y deshumanizado. Fernando sufre las consecuencias de un sistema económico que siempre la paga con quien menos tiene, que nos exige tener un empleo para que se nos considere ciudadanos y luego nos cierra las puertas para poder encontrarlo y conservarlo. No sé. Lo que quiero decir es que no es que nosotros seamos diferentes. Lo que son diferentes y distintas son las causas que nos han convertido a todos en víctimas.

Leire: También es importante que pongamos palabras a esas causas, que las identifiquemos con la rigurosidad que requieren. Nos jugamos mucho en esa tarea.

Presentador: Vayamos entonces a ello. La segunda pregunta tiene tres niveles y va dirigida de nuevo a todos ustedes. ¿Podemos hablar en todos estos casos de personas concretas causantes o responsables de estas situaciones? ¿Podemos hablar de una responsabilidad o culpabilidad social, que nos implica en alguna medida a todos nosotros? ¿Podemos hablar de «causas estructurales»?

Estibaliz: Yo creo que lo primero que hay que decir es que, cuando hablamos de responsabilidad, tenemos una primera tentación o impulso que nos lleva a plantear lo que podríamos llamar «coartadas a la responsabilidad». Esto es muy habitual en todos los órdenes de nuestra vida: «el "profe" me tiene manía», «mis padres no me comprenden», «¡qué mala suerte que me hayan pillado!», «si no hubiera caído esa pregunta...», «¡vaya arbitraje!»... Son las primeras reacciones que tenemos cuando existe la posibilidad de que alguien nos identifique como culpables o responsables de algo malo que ha ocurrido, o que nos ha ocurrido. Esto pasa a menudo, de tal manera que acabamos concluyendo que muchas de las cosas que ocurren en nuestro entorno suceden por razones que no tienen nada que ver con nosotros.

Cuando la pregunta por los responsables hace referencia, como en estos casos, al sufrimiento de otras personas, puede ocurrir algo aún peor: aunque resulte duro decirlo, y se lo hemos escuchado a alguno de los invitados, tendemos incluso a pensar que hay una responsabilidad en las propias víctimas, que «algo habrán hecho» para quedarse en paro, o ser detenidas, o maltratadas, incluso asesinadas. En el caso de los inmigrantes, hay veces que preferimos pensar que son ellos y sus compatriotas los que no han hecho las cosas bien y, por lo tanto, son responsables de la situación a la que se han visto conducidos.

Javier: Esto que comentas es especialmente claro en las catástrofes humanitarias. Recuerdo, por ejemplo, los casos del terremoto de Haití o del huracán *Katrina* en Nueva Orleans. No vale con que concluyamos que, como se trata de catástrofes naturales, nada se pudo hacer por evitar los graves daños. Es importante también en estos casos preguntarnos por la responsabilidad. Puede que el terremoto o el huracán se produzcan sin intervención humana (cosa que, por cierto, cada vez está menos clara, con las barbaridades que le hacemos al planeta), pero lo que está clarísimo es que las consecuencias de esos desastres naturales sí dependen de muchos factores que son res-

ponsabilidad nuestra: cómo se construyeron los edificios, puentes y carreteras, con qué medios se intervino tras la catástrofe, cómo respondieron otros países a las peticiones de ayuda, cómo reaccionaron las autoridades locales..., un montón de factores que influyen en que las consecuencias sean más o menos graves y duraderas. Yo lo vi con mis propios ojos en Nueva Orleans: las barriadas pobres sufrieron mucho más las consecuencias que las ricas. Son causas de esas que podemos llamar «estructurales», porque se refieren a cómo están construidas nuestras sociedades, cómo de estructuradas están para responder a esas situaciones y a muchas otras.

Mikel: Es interesante eso que planteáis, y me hace pensar en que, además, cuando una de esas situaciones tiene que ver con circunstancias que implican a grupos grandes de gente o a toda la sociedad, ya no solo aparecen las coartadas que antes mencionaba Estibaliz, sino lo que podríamos llamar la «ceguera ante la responsabilidad». Cuando la responsabilidad depende de un grupo muy grande de personas, es más fácil no verla y escapar de ella. Pero si todo el mundo escapa... Hubo alguien que golpeó a Pello, pero muchos otros lo marginaron y todos los compañeros ignoraron su situación. Incluso casi todos los «profes». Lo mismo podemos decir de Marisa. Evidentemente, alguien puso la bomba que mató a su marido, pero hubo algunos más que decidieron y prepararon el asesinato, otros que siguieron haciéndola sufrir acusando a su marido ya muerto, y muchos otros que no se atrevieron a prestarle su apoyo. Algunos torturaron directamente a Joseba, otros lo permitieron, otros miraron para otro lado, otros no lo creyeron, otros pensaron «algo habrá hecho». Ocultos en nuestro grupos, hay poco sitio para la responsabilidad.

En este sentido, los testimonios que hemos escuchado presentan algunas diferencias importantes porque, si bien se puede identificar la culpabilidad directa de un asesinato, una tortura o un maltrato a una esposa o a un compañero de clase, esto resulta mucho más difícil en el caso de personas que huyen de la pobreza o sufren el desempleo. Ahí las causas, como se suele decir, son «de naturaleza sociopolítica», que no es más que una forma de decir que tienen que ver con cómo están organizadas nuestras sociedades, cómo se gobiernan, cómo funciona la economía, etc. En esas situaciones, nos cuesta mucho sentirnos responsables. ¿Qué tengo que ver yo con el coltán o los diamantes o el paro o los problemas de las empresas de transportes de Miranda de Ebro? Supongo que Leire o Estibaliz nos podrán decir algo a ese respecto más adelante.

Leire: Permíteme, Mikel, que hablemos luego de esta cuestión que planteas. Primero me gustaría apuntar que, a pesar de que una primera impresión pueda llevarnos a concluir que existen situaciones como las que hemos escuchado que se deben a la mala suerte o incluso al comportamiento de las propias víctimas, siempre se puede, como apuntaba Javier, identificar a personas o instituciones que influyen en las consecuencias que esa mala suerte, o incluso esa mala decisión, pueden generar. No es lo mismo tener poca formación, o una discapacidad, o haber perdido a toda la familia o quedarte solo en unas sociedades que en otras, en unos países que en otros. Y esas diferencias tienen que ver con los gobernantes, pero también tienen que ver con esas «redes de solidaridad» que, por ejemplo, tanto ayudaron a Mungere cuando pisó por primera vez nuestro país sin dinero, sin conocer el idioma, sin amigos. O esas personas de la Asociación de Mujeres de Retuerto que han acompañado a Carmen en su difícil experiencia. Las mismas relaciones familiares que sirven de apoyo en casos como el de Fernando han sido el único salvavidas al que han podido recurrir muchas personas sin empleo.

Es importante comprender que no hace falta sentirnos culpables de algo que ha ocurrido para asumir la responsabilidad de hacer algo, por pequeño que sea, para resolverlo o aminorar sus efectos negativos. Hay mucha gente que mira a su alrededor y encuentra personas que, como nuestros invitados, sufren. Y descubre cosas que hacer en su favor. Eso se llama solidaridad.

Presentador: Tengo una pregunta especialmente dirigida a nuestro sociólogo. Mikel, ¿qué podemos decir sobre el lugar social de estas personas? ¿Son «visibles», reconocidas, tenidas en cuenta por la ciudadanía? ¿Todas ellas por igual? ¿Cuáles son las causas de las diferencias en este aspecto?

Mikel: En nuestra sociedad se produce un fenómeno paradójico, contradictorio. Por un lado, en un afán por destacar lo bonito, agradable y placentero, se nos oculta todo lo que en la vida supone dolor y sufrimiento y, particularmente, injusticia. Desde ese punto de vista, ninguna de estas víctimas tiene espacio en nuestras vidas, porque rechazamos la existencia del mal entre nosotros. Sin embargo, por otro lado, aunque nadie quiere ser víctima, todo el mundo quiere presentarse ante los demás como tal, como sufridora de una injusticia, pues eso le aporta un valor social especial. Además, el mundo occidental, sobre todo a partir de la segunda guerra mundial, de la segunda mitad del siglo pasado, asiste a un fenómeno que podríamos llamar de «visibilización» de las víctimas, apareciendo estas públicamente y recibiendo un reconocimiento social por ello. Entre nosotros es especialmente llamativo lo acontecido con las víctimas del terrorismo: durante décadas han sido olvidadas, ocultadas, abandonadas..., hasta que a mediados de la década de los noventa del siglo pasado irrumpieron con fuerza, reivindicando su espacio y participación, y ahora son un sujeto social relevante. Las víctimas de la tortura, por su propia condición, corren el riesgo de estar presentes solamente en círculos marginales muy concienciados de la sociedad, que mayoritariamente no quiere reconocer que su sistema no siempre funciona como debiera. La inmigración, a pesar de su todavía escasa presencia entre nosotros, es muchas veces sobredimensionada en sentido negativo, haciéndola injustamente responsable de la inseguridad ciudadana, de la falta de empleos o del colapso de los servicios sociales y sanitarios; también ocurre, como en el caso de Mungere, que su diferencia racial, de costumbres o vestimenta hace a los inmigrantes aún más visibles: hay grupos que se distinguen tanto de los que hemos nacido aquí que nos parece erróneamente que son muchos más de los que en realidad están entre nosotros. Por su parte, los parados son prácticamente ninguneados. Solo existen en las estadísticas; por lo demás, forman parte de un sistema que demanda su existencia amorfa, dócil... Últimamente están adquiriendo cierta relevancia tanto las víctimas de violencia doméstica como las de acoso escolar, pero si nos fijamos bien, es algo engañoso: todos ocultamos su existencia, las reducimos al ámbito de la privacidad.... hasta que un hecho dramático, una muerte, nos las pone nuevamente en las primeras páginas de los periódicos.

25

Presentador: Javier, tras lo dicho por Mikel, ¿algo que matizar con respecto a la presencia de las víctimas en los medios de comunicación? ¿Son noticia? ¿Son sus casos tratados adecuadamente? ¿Todas ellas por igual? ¿Cuáles son las causas de la diferencia?

Javier: A mí siempre me ha preocupado mucho la manera en la que no solo los periodistas, sino también los políticos y los ciudadanos, utilizamos a las víctimas. Sé que suena fuerte, pero a veces las *manoseamos*. Y eso me parece indecente. Pero hay que decirlo. Si nos conviene, a veces las invisibilizamos, y otras las convertimos en ídolos. Los medios de comunicación y los políticos tenemos capacidad y poder para ello. Por eso es importante que la gente tenga capacidad de pensar por sí misma y sepa identificar y no admitir que las víctimas se conviertan en material para abrir un telediario o escribir una columna en el diario del sábado y luego desaparezcan: se acabó el funeral, desaparecieron los moratones, encontró trabajo o rehizo su vida con otro hombre... Tampoco las víctimas deben prestarse a ese juego. Todo lo que ocurre en el mundo de los medios de comunicación tiene sus luces y sus sombras. Los medios de comunicación tenemos el poder, y por tanto la responsabilidad, de contribuir a desmontar esas lógicas perversas que hay detrás de esas

injusticias. Si no lo hacemos, contribuimos a justificar el sufrimiento. Antes de rendirnos a la impotencia de que no es posible cambiar nada, conviene pensar que, de alguna manera, esas voces, como las que hoy escuchábamos aquí, pueden revolucionar la vida pública, deberíamos aprender a mirar la realidad a través de sus ojos. Desde el lugar de la víctima. Y nosotros podemos poner un faro en cada uno de esos ojos. En cada una de esas palabras...

Presentador: Estibaliz, en lo que hace referencia a la acción de los poderes públicos, ¿influyen las realidades que hoy se nos han mostrado en la acción política? ¿Todas ellas por igual? ¿Cuáles son las causas de la diferencia?

Estibaliz: Yo quisiera empezar diciendo que todos, de alguna manera, cuando decidimos sobre cuestiones que tienen repercusión en la sociedad, tomamos decisiones políticas. Incluso —y me gustaría que volviésemos luego a esta cuestión— en nuestro papel de consumidores. Es importante que rescatemos el valor político de lo que podemos hacer todos, como ciudadanos. También y principalmente en este asunto que nos ocupa en este debate coloquio.

Pello: Yo no entiendo bien lo que quieras decir.

Estibaliz: Sí, perdonadme, quizás no me he explicado bien. Lo que quiero decir es que cuando nosotros decidimos algo que tiene una repercusión en la sociedad, eso es una decisión política. Después he querido decir que casi todo lo que hacemos en nuestra vida, incluso comprar unas zapatillas, es una decisión política, porque tiene una consecuencia en la sociedad, aunque no veamos directamente cuál es. No hacer nada cuando oímos qué ocurre en la casa de al lado, para no buscarnos líos; guardar un silencio intencionado ante un asesinato para que no sepan de qué parte estamos; no rebelarse contra la tortura, para que no nos ocurra a nosotros lo mismo; vivir tranquilamente nuestra vida acomodada diciendo que poco o nada podemos hacer para cambiar este mundo injusto..., son decisiones que podemos tomar en la intimidad, cada uno consigo mismo. Pero, a pesar de ser privadas, íntimas, de cada cual, son también decisiones políticas: tienen una repercusión en el modo en que vamos construyendo nuestra manera de vivir juntos.

Dicho esto, y sin querer alargarme mucho, por no repetir cosas que ya ha dicho Javier, creo que es importante pensar en el papel de los políticos con todas las víctimas..., con todas. Lo que estas quieren es que se las proteja, que su vida deje de estar amenazada. Y precisamente a esto es a lo que menos valor político se le da. A lo que una víctima necesita merecidamente se le da un valor asistencial, como si hubiese que cuidarlas porque son débiles. Yo no diría que son débiles, sino que las hemos debilitado y empobrecido. Todos somos en cierta manera responsables de lo que les ocurre, no lo olvidemos. Es importante saber, por tanto, qué esperan de nosotros las víctimas, qué necesitan. Y, por supuesto, es necesario responder.

Presentador: Leire, ¿podemos encontrar en el sistema económico algunas de las causas de estas situaciones? ¿Y es posible pensar en algunas soluciones desde dentro de ese mismo sistema?

Leire: Antes nos pedía Mikel alguna reflexión en este sentido. Por empezar por el principio, me gustaría resaltar que, como consumidores, somos el último eslabón de la larga cadena económica. Pero el último no quiere decir el menos importante, ni mucho menos. Cuando cada uno de nosotros decidimos comprar algo, esa decisión se une a muchas otras y produce un mensaje alto y claro a quienes nos han suministrado lo que acabamos de comprar. El mensaje es sencillo, pero muy poderoso: «Sigue produciendo, como quiera que lo hagas, que yo *lo compro*». Ese «como quiera que lo hagas» implica que, en definitiva, sea la respuesta de los consumidores la que

acabe respaldando lo que sea que haga una empresa concreta. Si el producto es una zapatilla deportiva fabricada en un taller con mano de obra infantil o el proceso de producción o transporte contamina un río o el mar o emite productos tóxicos al medio ambiente, allí estamos todos nosotros, fieles consumidores, que seguimos apoyando esos comportamientos sin siquiera preguntarnos qué ha hecho posible que ese determinado artículo haya llegado a nuestras manos. Es bien cierto que existen leyes que deberían prohibir determinados comportamientos en las empresas, y organismos de vigilancia y gobiernos que deberían velar por que se cumpliesen, pero la triste realidad es que, si no es nuestro país, siempre habrá otro lugar en el que las leyes sean más permisivas o más fáciles de burlar. Mientras tanto, sigue habiendo niños trabajando como esclavos, ecosistemas destruidos, pueblos o regiones completas arruinadas por empresas que se van a esos lugares en los que producir sin tantas leyes. Y nosotros, a quienes se nos recuerda continuamente que tenemos la suprema libertad de elegir a quién comprar y a quién no, miramos para otro lado... No sé si estaré Estibaliz de acuerdo conmigo, pero creo que hoy en día comprar influye mucho más en los equilibrios sociales que votar.

Porque es importante entender que el sistema económico actual produce situaciones de evidente injusticia. Y las produce por su propia estructura de funcionamiento. En el relato de Mungere se puede ver con claridad en un detalle que quizás nos haya pasado desapercibido. Ella nos lo recuerda cuando relata su reacción al enterarse de que la muerte de su primer hijo se podría haber evitado. La malaria es una enfermedad que en los países ricos no existe. Lo cual no quiere decir que seamos más fuertes o estemos mejor dotados genéticamente, sino que, sencillamente, no morir de malaria tiene un precio. Higiene, alimentación, medicamentos..., necesidades básicas que, en nuestro sistema económico actual, tienen un precio asignado y es necesario comprar. Si no puedes permitírtelo..., mueres. Es así de cruel. Ocurre lo mismo con muchas otras enfermedades que se transmiten y tienen consecuencias fatales por circunstancias que en unos países son habituales y en otros están completamente descartadas. Aquí sí que podemos hablar de mala suerte por hacer nacido en uno u otro lugar. Pero es una mala suerte que procede no del simple azar, sino de la manera tan desigual de organizarnos que tenemos los seres humanos. Una manera que, en estos tiempos, hace que existan personas inmensamente ricas y otras que no pueden adquirir algo tan básico como unas condiciones mínimamente saludables para sobrevivir.

Mikel: Hay una cuestión que me gustaría resaltar, de la cual seguramente Javier nos podría contar muchas cosas. Me refiero a las motivaciones económicas de las guerras. Nos hablaba Mungere del coltán y los diamantes. Ella misma admite no entender todos los entresijos de esos negocios. Pero hoy ya resulta bastante evidente que las conexiones existen, y que al final de la cadena estamos nosotros comprando móviles y joyas. También se habla de las guerras por el control del petróleo. Y los productos derivados de él (combustibles, plásticos...) los consumimos todos los días. Últimamente oímos mucho hablar de las cosas que han hecho muchos bancos con el dinero que les dejamos depositado, como por ejemplo financiar el comercio de armas o especular hasta producir crisis terribles en países enteros. Todo esto ocurre porque las grandes corporaciones son muy poderosas y su influencia es capaz de condicionar incluso a los propios gobiernos, que no pueden o no quieren hacer nada por evitarlo. Pero no podría ocurrir si asumísemos nuestra responsabilidad como consumidores. Para esto hace falta asociarse, actuar conjuntamente, informarse, ser críticos, porque, si no, la publicidad y las coartadas a la responsabilidad nos lo hacen muy difícil. Pero es muy importante. Quizás dejando de comprar ciertas marcas de móviles el drama de Mungere no hubiera ocurrido. Si sacáramos nuestros ahorros de aquellos bancos que los utilizan para especular o para apoyar la producción de bombas de racimo o minas antipersona, puede que se plantearan utilizar nuestro dinero para dar un préstamo a alguien como Fernando, que seguramente no le produciría al banco beneficios económicos tan jugosos como invertir en grandes cor-

poraciones, pero que tendría un gran valor social. Claro que para eso hace falta que nosotros también estemos de acuerdo en que obtener la mayor rentabilidad económica posible por nuestros ahorros no es lo más importante...

Presentador: Una última pregunta para quien quiera responder, brevemente, por favor: ¿podemos pensar en compensaciones o alguna forma de resarcimiento? ¿Y en mecanismos para reconocer de forma efectiva los derechos que estas personas no pueden ejercer?

Javier: Dejadme contestar con un dicho oriental: «Las lágrimas vertidas no se compensan con agua salada». Los intentos de resarcimiento de las injusticias son siempre fallidos...

Mikel: Eso es cierto, pero no nos puede llevar a la parálisis y a no hacer nada. Aunque la justicia sea siempre imperfecta, no es indiferente pretender llevarla a cabo o no. En algunos de los testimonios hemos visto que las necesidades económicas, psicológicas, de salud y laborales de las víctimas son muy importantes. La sociedad tiene la obligación moral de intentar paliarlas en lo posible. En este sentido, resulta significativo el esfuerzo hecho respecto a las víctimas del terrorismo, con legislaciones específicas a nivel estatal y autonómico, cubriendo un amplio espectro de necesidades...

Estibaliz: El caso que propone Mikel puede ser hasta ejemplar, pero tengo que recordar que es excepcional. La misma legislación, en su justificación, insiste en que las víctimas del terrorismo son un grupo peculiar, porque se las considera «víctimas vicarias», representantes individuales de toda la sociedad: cualquiera podría haber sufrido el azote del terrorismo, les ha tocado a ellas, han ocupado nuestro puesto... y por eso reciben un tratamiento especial. Sin ir más lejos, las indemnizaciones económicas estipuladas legalmente en un caso de torturas se asimilan a las establecidas para los accidentes de tráfico... Y peor aún es el caso de las injusticias sin sujeto individual reconocible y sin reconocimiento consecuente de delito: ¿quién compensa a Mungere sus penalidades? ¿Es la prestación por desempleo propiamente un resarcimiento? No es fácil encontrar respuestas adecuadas a todas las injusticias que satisfagan mínimamente a sus víctimas.

Leire: Mientras os escuchaba, pensaba si no tenemos en general una idea del resarcimiento excepcionalmente económica y material. ¿No podemos imaginar otra, más sentimental o simbólica? Una víctima tal vez no pueda ser resarcida plenamente devolviéndole todo lo que ha perdido, pero hay gestos como el arrepentimiento o el reconocimiento del mal cometido que pueden hacer sobrelevar esa deficiencia de manera más positiva.

• **¿La última palabra? Mirando al futuro**

Presentador: Es una pena que tras escuchar propuestas tan sugerentes yo tenga que recordar que se aproxima inexorablemente el final de este programa. No quisiéramos acabar sin dar la oportunidad a nuestros invitados a emitir un último mensaje a los espectadores que, al otro lado de la pantalla, han asistido a la narración de sus interesantísimos testimonios.

María Luisa: La verdad es que escuchando atenta y solidariamente lo que han contado mis compañeros y lo que me ha pasado a mí, no entiendo cómo viendo el desastre que provocan los terroristas de todo signo, las guerras, las vulneraciones constantes de los derechos, todavía es tan incues-

tionable en nuestro mundo que la violencia es una alternativa válida para la resolución de los problemas políticos. No lo es, lo único que consigue es empeorarlos y ampliar el sufrimiento injusto.

Joseba: Durante este programa no he dejado de pensar en mi amigo de la infancia, militante de ETA, al que ayudé en su día. Ni siquiera sé qué fue de él, si está vivo, muerto o en la cárcel... Creo que tendría que haber estado aquí, oyendo lo que se ha dicho. Seguro que valoraría negativamente el camino que tomó, reconocería el dolor que provocó en sus víctimas y tendría una actitud claramente favorable hacia la convivencia pacífica... ¡Quién sabe si sería incluso capaz de pedir perdón! He de confesar que yo no sé si podría otorgárselo a quienes me torturaron, solo sé que no les deseo ningún mal...

Mungere: Ahora sé que no voy a volver. Que Bilbao o cualquier otro lugar muy lejos de donde nací será «mi tierra» el resto de mi vida. Ya me he hecho a la idea, y veo con otros ojos las calles, las personas..., leo los periódicos sintiendo que las noticias locales me importan y me afectan. Tengo que decir que, tras todo el dolor y el sufrimiento, he encontrado aquí a mucha gente que se ha preocupado, me ha aceptado como soy y ha dedicado tiempo y dinero para ayudarme. He visto que hay gente que se organiza para que personas como yo puedan primero sobrevivir y luego ir incorporándose a vuestra sociedad que ya sé hoy que será para siempre la mía. Solo quiero que mi hija pueda ser «de aquí» como todos vosotros. Sé que es posible y luchó por ello. A todas esas personas y organizaciones, quiero darles las gracias.

Fernando: Veo continuamente noticias en la prensa y en los telediarios sobre el número de parados. Yo únicamente quería pediros que no veáis solo números. No somos una cifra, somos personas. Las cifras se suman y restan, se comparan con otras, se deciden acciones para incrementarlas o disminuirlas... Pero al final quedamos las personas. Cada una con su dolor. Yo hoy me he sentido acompañado y este programa me ha servido para darme cuenta de que en nuestras sociedades hay víctimas de distintos tipos, y que no se puede pensar solamente en calcular el tamaño de nuestro dolor o el coste de afrontar nuestras situaciones. Hoy salgo de aquí con un poco más de energía, pensando que tengo alguna posibilidad de salir adelante, como lo habéis hecho algunos de quienes me acompañáis hoy. He visto con claridad que hace falta esfuerzo propio, compromiso de los medios de comunicación, de los poderes públicos... Pero también me he dado cuenta de que, igual que me ha pasado a mí, tener gente cercana a la que poder recurrir es muy importante. Y no hay que verlo como una humillación, sino como una respuesta solidaria de gente sensible y comprometida.

29

Pello: No sé qué decir para acabar. Quisiera decir algo positivo pero no me sale nada. Yo he contado lo que me ha pasado: que algunos chicos y chicas de clase me insultaban, me amenazaban, me ridiculizaban... y que he tenido mucho miedo. Todavía lo tengo. Y me siento mal. Muchas personas a mi alrededor me están ayudando, y con ellos me siento protegido. Pero estoy asustado. Y tengo miedo. No entiendo por qué me ha pasado esto a mí. Yo no destaco por nada. Soy uno más, igual, como los demás. Pero ellos decidieron verme diferente. No sé, no sé qué he hecho para que ellos me hayan convertido en el blanco de todas sus bromas y de sus juegos. Yo no he hecho nada.

Carmen: Déjame decirte, Pello, que, de alguna manera, todos nos hemos sentido así, como tú dices, pero de ahí se sale. Todas esas personas que están cerca de ti, que te están apoyando, te ayudarán. No es fácil. Y no se hace de un día para otro. Hacen falta además otras cosas. Todo no depende de ti. Se tienen que dar algunas condiciones para que te vayas olvidando de esa sensación de miedo que te ha acompañado durante tanto tiempo. Yo ahora paseo con mis hijas y mis nietos, disfruto con mis amigas..., me siento bien. Estoy contenta. Por supuesto, que detrás de esa

vida siempre me acompañará todo lo que he vivido. Es inevitable. Y hay días en los que aparecen algunas sombras del pasado. Eso no se olvida. Pero ya has dado un primer paso: estás aquí. Y luego darás otro. No estás solo. Lo que nos ha ocurrido a todos nosotros forma parte de lo que ahora es una preocupación social. Nadie debería sufrir esas injusticias inmerecidas y crueles. ¿No crees que esa sería una sociedad mejor? Yo creo que todos merecemos vivir en una sociedad así. Y deberíamos aspirar a que no sea de otra manera: perdemos todos como personas cuando alguien sufre una injusticia que no merece. No hay nada que lo justifique. Nada.

Presentador: Hemos llegado al final de este programa tan intenso, tan especial. Nuestra intención era, en primer lugar, que nos hiciera pensar a todos acerca de la realidad de las víctimas de diferentes injusticias, que a partir de ello nos surgieran sentimientos de indignación por el mal cometido y de compasión por quienes lo han padecido. Pero esto sería insuficiente si, en última instancia, no nos llevara a preguntarnos qué hemos de hacer todos y cada uno de nosotros para mostrar nuestra solidaridad a estas personas injustamente sufrientes y para impedir que nadie más tenga que padecer lo que ellos. Pero no basta con pensar sobre ello, es imprescindible llevarlo a cabo. Esa es nuestra confianza, ese es el reto. Muy buenas tardes, gracias a todos y especialmente a nuestros invitados, y hasta la semana próxima en una nueva edición de *Vidas paralelas*, su programa de las tardes de los martes, en KateaTV, su cadena de televisión preferida. Les esperamos.

ALGUNAS ORIENTACIONES PEDAGÓGICAS PARA EL PROFESORADO

Quienes esto escribimos compartimos contigo la tarea de educar, y, llegados a este punto, también el interés por acercar a nuestros estudiantes algunas realidades muy concretas relacionadas con situaciones de injusticia lamentablemente demasiado presentes y demasiado cotidianas en nuestro contexto. Nuestra intención ha sido elaborar un material que sitúa en primer plano y concede todo el protagonismo a las personas que son víctimas de esas injusticias. Sus voces, y todo aquello que estas reflexivamente provocan, se han convertido en el eje a partir del cual te proponemos trabajar en el aula la cuestión de las víctimas, reconocidas desde su propia especificidad y características.

En su conjunto, los materiales permiten integrar en la programación el desarrollo de un ejercicio práctico que tiene un doble objetivo: por un lado, quiere favorecer la posibilidad no solo de conocer sino de reconocer la condición de víctimas de aquellas personas que han padecido situaciones de manifiesta injusticia; por otro lado, trata de poner de manifiesto las diferencias y particularidades específicas de cada una de ellas, aspirando a que dicho reconocimiento se haga también sobre la base de estas diferencias. La condición de «única» que debe acompañar a cada víctima, por tanto, exige que el reconocimiento de su condición se haga en una doble dirección: todas ellas deben ser igualmente reconocidas como tales; y cada una de ellas debe ser reconocida además en su propia diferencia. Esta doble condición es, en sí misma, un objetivo didáctico muy significativo e importante. Los materiales que aquí ofrecemos te permiten abordar estrategias de enseñanza-aprendizaje orientadas a poner de relieve esos aspectos comunes que comparten todas las víctimas y las diferencias que le corresponden a cada una de ellas.

En cualquier caso, no es nuestra intención ofrecer una completa guía que explique el alcance pedagógico que tienen estos materiales. Mantenemos también en esta parte final el talante abierto y dialogante con el que han sido elaborados y te los acercamos con el fin de que puedas trabajarlos adecuándolos a la programación de tu asignatura tal y como lo permitan las condiciones de tu entorno educativo o los objetivos que hayas propuesto para el curso. Los materiales presentan las voces de seis víctimas y un análisis que, a modo de relato unas veces y otras de comentario sobre los hechos, las causas y las consecuencias de los procesos de injusticia, están pensados para que puedas crear un clima en el aula que te permita abordar todas y/o cada una de estas realidades.

Sirvan, por tanto, estas breves orientaciones que presentamos a continuación para acompañarte en la tarea de planificar la «didáctica de las víctimas», sin más pretensión que trasladarte las intenciones pedagógicas básicas que a nosotros nos han servido de brújula orientadora para adecuar tanto el contenido como el alcance del trabajo.

31

● **Intenciones pedagógicas**

1. **Promover el (re)conocimiento de las víctimas**

Objetivo específico 1: tomar conciencia de la realidad de víctimas de diferentes injusticias.

2. **Desarrollar la sensibilidad ética ante las víctimas**

Objetivo específico 2: provocar que los estudiantes tengan sentimientos adecuados en torno a estas realidades de injusticia: indignación por el mal cometido, compasión por quienes lo han padecido y respeto a la dignidad de todos los protagonistas.

3. Favorecer un clima moral de afecto, aceptación y compromiso moral con las víctimas

Objetivo específico 3: reflexionar individual y grupalmente sobre las posibilidades de actuación solidaria ante las víctimas y de prevención de la injusticia que las genera.

● **El atlas de la injusticia y la cartografía de las víctimas: guión para planificar actividades**

Divididos en grupos, los estudiantes pueden ir trabajando uno de los seis testimonios a partir de este sencillo guión:

1. Identificar cuál es el hecho de violencia e injusticia que convierte a una persona en víctima.

- 1.1. Una vez identificado, y tras leer la victimización, los estudiantes tratan de imaginar cómo sigue la historia, explicando los porqués de su propuesta.
- 1.2. También se puede plantear que respondan a algunas de las preguntas formuladas a los expertos.
- 1.3. Ejercicio de lápiz y papel sobre los «rostros de la injusticia», que les permitan distinguir conceptos básicos: víctima, victimismo, victimario, etc. También se pueden analizar expresiones vinculadas a cada una de las distintas victimaciones:

- «Algo habrá hecho.»
- «Se lo tenía merecido.»
- «Vienen de fuera a quitarnos el trabajo y las ayudas sociales.»
- «El que no trabaja es porque no quiere.»
- «Nadie puede entrometerse en lo que pasa dentro de la pareja.»
- «Le vendrá bien que se metan con él, a ver si espabila.»

2. Analizar la incidencia y las consecuencias inmediatas que la violencia e injusticia tiene en primera persona en la vida de las personas que la padecen, tratando de responder a cuestiones que obliguen a los estudiantes a ponerse en el lugar de la víctima: dónde se desarrollan los hechos, cómo afectan de manera inmediata a la persona que los padece, cómo reacciona, etc.

- 2.1. Identificar el mapa de sentimientos que aparecen en toda la secuencia de lo que se narra respecto a cada víctima.
- 2.2. Comparar los sentimientos de todas ellas y encontrar elementos comunes respecto a lo que suscita ser víctima de una situación de violencia injustificada e injusta.
- 2.3. Provocar que los estudiantes, por escrito, expresen los sentimientos que les ha causado el análisis de esas realidades.
- 2.4. También se pueden recoger, a modo de anecdotario, los incidentes, las conductas significativas y los comentarios que han surgido en el debate con los estudiantes con el fin de dialogar sobre los mismos y hacer una valoración e interpretación convenientemente guiada por el profesor o la profesora:
 - Anécdotas surgidas durante el desarrollo del tema.
 - Valoración o interpretación de las anécdotas.

3. Explicar las causas y las consecuencias de la injusticia padecida.

- 3.1. Clarificar percepciones sobre estereotipos, clichés, prejuicios, desconocimiento, etc., o distintas circunstancias (que habrá que identificar) que invisibilizan las imágenes de la injusticia en nuestra realidad más cotidiana.
- 3.2. Elaborar una encuesta de percepciones que recoja las principales causas y consecuencias identificadas de cada una de las seis situaciones que ofrecen los materiales, y trabajarla conjuntamente en el aula o en otros contextos distintos. Posteriormente, se pueden analizar los resultados obtenidos tras la encuesta. De manera orientativa, estos son algunos ejemplos de preguntas que pueden formar parte de esa encuesta:
 - En tu opinión, ¿qué motivación es la más relevante?
 - ¿Cuál crees que es la consecuencia más preocupante en nuestra sociedad de las que a continuación se señalan?
 - ¿Por qué no es justificable la violencia?
- 3.3. Compartir casos similares (reales) que conozcan. Si conocen pocos, o muchos, discutir por qué.
- 3.4. Hacer un ejercicio reflexivo que permita a los estudiantes comprender que hay consecuencias en las situaciones analizadas que no se pueden reparar pero que se pueden evitar.

4. Determinar el mapa de responsabilidades de cada una de las situaciones.

- 4.1. Responsabilidad personal: ¿quién es responsable directo de la situación de injusticia cometida?
- 4.2. Responsabilidad social: ¿de qué y por qué los miembros de una sociedad somos responsables de la situación de injusticia? ¿Qué responsabilidad tenemos hacia las víctimas?
- 4.3. Responsabilidad estructural: ¿qué factores sociales, económicos y políticos provocan que se den esas situaciones de injusticia?
- 4.4. Con las respuestas obtenidas, identificar qué responsabilidades es necesario asumir y a quién le corresponde asumirlas para resolver las causas que están en la base de esas situaciones de injusticia. Incorporar entre los sujetos de responsabilidad el agente «nosotros».

5. Observar la visibilización social que tienen las víctimas, y el proceso que acompaña a esa visibilización social.

- 5.1. Escribir la palabra *víctima* en la pizarra y expresar en voz alta lo que el término sugiere, sin pararse a pensar, de forma espontánea. Anotar en la pizarra todas las asociaciones que se hayan nombrado. Agruparlas en positivas y negativas. Analizar las respuestas.
- 5.2. Reconocer expresiones que utilizamos con un sentido peyorativo respecto a las víctimas.
- 5.3. Buscar información en los periódicos, las series, los anuncios, las canciones... Observar cómo se tratan estos casos.
- 5.4. Analizar qué respuesta (política, social y económica) se da a las víctimas de esas situaciones. Valorar el alcance de esas respuestas.
- 5.5. Hacer un listado que ordene cómo, cuándo y por qué reaccionamos la sociedad ante esas situaciones de injusticia.

6. Explicar quién y de qué manera reconoce a las víctimas en nuestros contextos más inmediatos y qué medidas de resarcimiento existen.

- 6.1. Valorar las propuestas de los expertos recogidas en el texto.
- 6.2. Entrenar en grupo a imaginar soluciones creativas a algunas situaciones de injusticia analizadas.
- 6.3. Buscar información que permita analizar cómo se ocupan las administraciones públicas de cada uno de los casos a los que remiten los seis testimonios.

7. Identificar qué derechos están pendientes de garantizarse a las víctimas.

- 7.1. Identificar las necesidades (afectivas, económicas, sociales, etc.) más inmediatas que tienen las víctimas analizadas.
- 7.2. Valorar cuáles de esas necesidades pueden considerarse derechos que hay que garantizar a las víctimas.

8. Cruzar cada una de las consideraciones anteriores para ir identificando aquellos elementos que comparten las situaciones de las víctimas analizadas. Subrayar lo específico que, como resultado del análisis anterior, identifica a cada víctima como única y diferente de las demás.

9. Hacer un análisis global en grupo de las seis situaciones, a partir de toda la información trabajada en el aula, y elaborar un mapa en el que se distinga entre estos dos aspectos:

- a) El atlas de la injusticia:

- ¿Cuál es la injusticia?
- ¿Cuál es su principal causa?
- ¿Cuál es su principal consecuencia para la sociedad?
- ¿Quiénes son los implicados y qué responsabilidad tiene cada uno en esa situación?

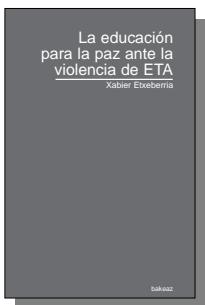
- b) La cartografía de las víctimas:

- ¿Qué tienen en común las víctimas que padecen esas injusticias?
- ¿Qué tienen de particular y único las víctimas que las padecen?
- Señalar tres razones que expliquen por qué la situación padecida es injusta.

10. Acercarse a la realidad de las víctimas identificando qué hacemos y qué nos es posible hacer a nosotros:

- Traer al aula algún testimonio.
- Traer al aula a algún experto.
- Analizar y documentarse sobre campañas o entidades específicas (grupos pacifistas, asociaciones de víctimas del terrorismo, grupos pro derechos humanos, entidades de acogida de inmigrantes, campañas sobre banca armada, ropa limpia, ciencia e investigación antimilitarista...).
- Identificar qué se puede hacer a nivel personal, de clase, de centro.

Serie General



- Kepa Aulestia, Xabier Etxeberria, Carlos Martínez Gorriarán y Demetrio Velasco, *Razones contra la violencia. Por la convivencia democrática en el País Vasco*, volumen I. Ref.: SG04.
- Aurelio Arteta, Demetrio Velasco e Imanol Zubero, *Razones contra la violencia. Por la convivencia democrática en el País Vasco*, volumen II. Ref.: SG05.
- Antonio Beristain, Xabier Etxeberria, Tomás Fernández Aúz y José María Mardones, *Razones contra la violencia. Por la convivencia democrática en el País Vasco*, volumen III. Ref.: SG06.
- Leah Levin, *Derechos humanos: preguntas y respuestas*. Ref.: SG07.
- Xabier Etxeberria, *La educación para la paz ante la violencia de ETA*. Ref.: SG12.
- Martín Alonso, *Universales del odio. Creencias, emociones y violencia*. Ref.: SG13.
- Xesús R. Jares, *Educar para la paz en tiempos difíciles*. Ref.: SG14.
- Galo Bilbao y Xabier Etxeberria, *La presencia de las víctimas del terrorismo en la educación para la paz en el País Vasco*. Ref.: SG15.

Xabier Etxeberria, *Dinámicas de la memoria y víctimas del terrorismo*. Ref.: SG17.

Xabier Etxeberria, *Por una ética de los sentimientos en el ámbito público*. Ref.: SG19.

Escuela de Paz

Xesús R. Jares, *La educación para la convivencia como proceso de alfabetización en conflictos. Propuestas de formación*. Ref.: EP01.

Susana Fernández Sola, *Actitudes y comportamientos hacia la educación para la paz en Euskadi*. Ref.: EP02.

Pedro Sáez Ortega, *El otro en la construcción de una cultura de paz*. Ref.: EP03.

Luis A. Aranguren Gonzalo, *Educar en el sujeto solidario*. Ref.: EP04.

Juan José Celorio, *Educar para la paz y el desarrollo en épocas de globalización*. Ref.: EP05.

Anna Bastida, *Educar para la paz desde la guerra*. Ref.: EP06.

Xabier Etxeberria, *Sobre la tolerancia y la neutralidad del educador ante la violencia terrorista*. Ref.: EP07.

Ricardo Arana, *Respuestas educadoras frente a la intolerancia*. Ref.: EP08.

Jesús Casquete, *Las organizaciones cívicas y la educación para la paz*. Ref.: EP09.

Xabier Etxeberria, *Sobre la tortura: perspectiva ética y propuesta pedagógica*. Ref.: EP10.

Ricardo Arana, Susana Harillo y Jesús Prieto, *Historias que nos marcan. Las víctimas del terrorismo en la educación para la paz*. Ref.: EP11.

Xabier Etxeberria, *La participación social y política de las víctimas del terrorismo*. Ref.: EP12.

Galo Bilbao, *Víctimas del terrorismo y reconciliación en el País Vasco*. Ref.: EP13.

Xabier Etxeberria, *Educación sentimental en la ciudadanía*. Ref.: EP14.

Galo Bilbao Alberdi, *Por una reconciliación asimétrica. De la «geometría» del terror a la de su superación*. Ref.: EP15.

Teo Santos, *El miedo social en el País Vasco*. Ref.: EP16.

Galo Bilbao Alberdi, *Jano en medio del terror. La inquietante figura del victimario-víctima*. Ref.: EP17.

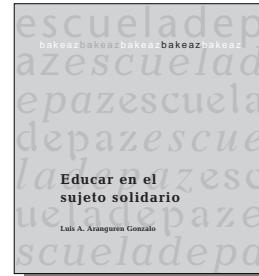
Martín Alonso, *La razón desposeída de la víctima. La violencia en el País Vasco al hilo de Jean Améry*. Ref.: EP18.

Joseba Arregi, *El pesimismo histórico de Walter Benjamin y las víctimas*. Ref.: EP19.

Xabier Etxeberria, *Identidad como memoria narrada y víctimas del terrorismo*. Ref.: EP20.

Xabier Etxeberria, *La educación para la paz vertebrada por las víctimas*. Ref.: EP21.

Galo Bilbao, Cristina de la Cruz y Pedro M. Sasia, *Víctimas: todas iguales, todas diferentes*. Ref.: EP22.



Una reflexión intuitiva sobre la educación para la paz nos lleva necesaria y naturalmente a reconocer que esta ha de estar configurada, de manera determinante, por la presencia de las víctimas. Sin embargo, esto no se realiza así en nuestro contexto e, incluso, es motivo de cuestionamiento y hasta de oposición frontal. Una crítica habitual a este planteamiento, procedente del ámbito educativo formal, consiste en considerar que, en nuestro contexto, el concepto *victima* es aplicado exclusivamente a las víctimas del terrorismo y, más específicamente, a las provocadas por ETA, por lo que, desde unos posicionamientos, se rechaza la presencia de las víctimas por parcial e inadecuada y, desde otros, no se acepta o reconoce como víctimas ni a las causadas por otros grupos terroristas ni a las provocadas por otras injusticias. Este texto pretende responder clara y prácticamente a estas objeciones según un doble criterio: son todas las víctimas de la injusticia (y no solo las del terrorismo, ni las de ETA en exclusividad, pero también ellas) las que vertebran la educación para la paz, pero es importante y necesario contemplarlas en su especificidad y características peculiares. Este material, concreto y esperemos que útil, está concebido precisamente para abordar en el aula, con alumnado de últimos cursos de ESO o incluso de Bachillerato, la realidad de las víctimas de injusticias diversas.

Galo Bilbao Alberdi es licenciado en Filosofía y doctor en Teología, profesor de Ética en la Universidad de Deusto y miembro colaborador del Instituto Diocesano de Teología y Pastoral de Bilbao.

Cristina de la Cruz Ayuso es doctora en Filosofía y actualmente profesora de Ética en la Universidad de Deusto. Miembro del Centro de Ética Aplicada, coordina el equipo de investigación en ética aplicada a la realidad social.

Pedro M. Sasia Santos es profesor de Ética y Deontología e investigador del Centro de Ética Aplicada de la Universidad de Deusto. Ha publicado numerosos trabajos sobre ética social y económica.